

LA TEMPESTAD.

862.5
DRA. RAM. T.
g. 2

LA TEMPESTAD

LA
TEMPESTAD.

MELODRAMA EN TRES ACTOS,

EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL

DE

MIGUEL RAMOS CARRION

MUSICA DEL

MAESTRO CHAPI



MEXICO.

TIP. DE ANTONIO VANEGAS ARROYO,
CALLE DE SANTA TERESA NÚM. 1.

1892.

MEXICO

2/2



96-25289

2

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

REPARTO:

ANGELA.	MATEO.
ROBERTO.	EL JUEZ.
MARGARITA.	EL PROCURADOR.
UNA ALDEANA.	UN PESCADOR.
SIMÓN.	MARINERO 1.º
BELTRÁN.	IDEM. 2.º

Mujeres del pueblo, marineros y pescadores.

La acción en un puertecito de Bretaña, en los primeros años de este siglo.

Por derecha é izquierda entiéndase la del actor.

ACTO PRIMERO

Sala baja en la Hostería de Simón, con bancos y mesas de madera tosca. A la derecha, escalera practicable que conduce á una galería de cristales que da paso á las habitaciones del piso alto. Puertas á derecha é izquierda y puerta y ventana grandes al foro, por las cuales se vé la playa y rocas que cierran el fondo en declive de izquierda á derecha.— En la sala, á la derecha, en una pequeña hornacina una imagen de la Virgen, alumbrada por una lamparilla. A la izquierda el mostrador y detrás aparador alto con botellas, jarros y vasos.

ESCENA PRIMERA.

MÚSICA.

(Al levantarse el telón óyense el aguacero, los truenos y el viento huracanado. La luz de los relámpagos ilumina de vez en cuando la playa, reflejándose en los cristales de la galería. Las mujeres, con algunos niños, rezan arrodilladas ante la Virgen, y sobre las rocas de la playa se ven algunos marineros que tiran de un largo cable.)

MUJERES. Estrella de los mares,
que brillas en la altura,
potente y limpio faro
de luz celeste y pura,
del triste navegante
el rumbo incierto guía
y amparo presta al náufrago
¡Virgen María!

MARINEROS *dentro imitando el grito especial con que acompañan sus maniobras de fuerza y especialmente la de sirgar.*

¡Ohí-eohí!
Amarra ese cable
y boga hacia aquí.
¡Ohí-eohí! (*Truenos y relámpagos.*)

MUJERES. Del mísero que llora
consuelo y esperanza,
que brillas entre nubes
cual iris de bonanza,
aplaca de los mares
la cólera bravía
y enjuga nuestras lágrimas,

MARIN. ¡Virgen María!
¡Ohí-eohí!
Si bogas con fuerza
te salvas aquí.
¡Ohí-eohí!

(*La tempestad se aleja poco á poco. Las mujeres se levantan y van hacia la puerta y la ventana, desde donde miran con ansiedad la maniobra de los Marineros, cuyo canto se repite varias veces.*)

MUJERES. ¡A la anhelada orilla
todos llegando van!
¡Gracias, oh Virgen santa,
ya en tierra están!
(*Prepáranse alegres para recibir á los Marineros.*)

ESCENA II.

DICHAS.—MATEO, *que entra brincando y luego*
CORO de MARINEROS.

MATEO. La carga y el pasaje
salváronse por fin,
y libre ya en la orilla
se mece el berga-tín.
Ahí llegan los valientes
que á fuerza de luchar
no sé cómo han logrado
que no los trague el mar.

(*Entran los Marineros con tos trajes mojados, escurriendo el agua de algunas prendas. Abrazan á las mujeres y á los niños*)

MARIN. Tras la penosa
ruda faena.
justo es que un trago
nos fortalezca.

Traénos Mateo,
Rom ó Ginebra
que á nuestra sangre
calor devuelva.

MUJERES. Traéles, Mateo,
Rom ó Ginebra
que al frío cuerpo
calor devuelva.
(*Mateo le sirve de beber.*)

MARIN. Bebámos, sí, bebamos.

MATEO. Bebed, bebed,
que bien, valientes,
lo mereceis.

MATEO. ¡Bebamos todos!

MARIN. ¡Bebamos, pues!

MUJERES. ¡Bebed, bebed!

(*Beben todos después de chocar los vasos.*)

MATEO. (A las mujeres que le rodean).

Para ser marinerito
no he nacido yo,
hombre soy de tierra firme,
pero de agua no.
Me embarqué por broma un día
en que fui á pescar,
y pesqué sólo un mareo,
más que regular.

De pensarlo sólo
no sé que me dá.

CORO. ¡Já, já, já! (Riendo y haciéndole burla).

MATEO. Teugo todo el cuerpo
alterado ya. (Como sintiéndose mareado).

CORO. ¡Já, já, já!
sólo al recordarlo
alterado está,
por temor al agua
no se lavará.
¡Já, já, já!

MATEO. Del horror que tengo al agua
puedo asegurar
que si no hay otro diluvio
yo no me he de ahogar.
Y de fijo, aun cuando lo haya
yo me salvaré,
si para los animales
hay otro Noé.

¡Con el balanceo
qué sudor me dá!

CORO
MATEO

De pensarlo sólo
estoy malo ya.

CORO. Já, já, já!
Puede asegurarse
que no se ahogará,
¡já, já, já!
Sólo de pensarlo
¡mareado está.
Já, já, já!

ESCENA III

DICHOS —ROBERTO, en traje de pescador.—MARGARITA
que sale por la puerta de la derecha).

MARIN (Que abren paso al verle).

Aquí está el mancebo
valiente y audaz
que sabe á los mares
la presa arrancar.
Hoy todos anhelan
tu mano estrechar
y de camarada
el nombre te dan.

ROBERTO. Mil gracias, amigos,
(Estrecha la mano de todos).

MATEO. (Ofreciéndole su vaso)
Un trago por mí.
(Roberto lo apura de un sorbo).

MUJERES. ¡Es ya todo un hombre!
ROBERTO. ¡Pues claro que sí!

TODOS. ¡Honor al mancebo
valiente y audaz
que sabe á los mares
la presa arrancar!

ROBERTO Hijo soy del mar salobre
y unabarca fué mi cuna,
¿Qué me importa á mí ser pobre
si él me brinda una fortuna?
Las riquezas de su fondo
yo atrevido he de buscar
que en su seno turbó y hondo
mil tesoros guarda el mar.

—
¡Que airado el viento ruja
y silbe en derredor;
que roto el mástil cruja
al golpe destructor;
que estalle la tormenta,
que brame el huracáu,
ni el rayo me amedrenta
ni temo á la mar.

CORO ¡Qué estalle la tormenta,
que brame el huracán,
ni el rayo le amedrenta
ni teme á la mar!

ROBERTO De la mar al golpe blando
que la borda con su espuma,
mi barquilla va bogando
más ligera que una pluma.
Mientras yo dejando el remo
perezoso descansar,
voy tranquilo y nunca temo
las traiciones de la mar.
Qué airado el viento ruja, etc.
CORO Que estalle la tórmenta, etc.

HABLADO.

MARIN. 1º ¡Bravo, muchacho!
MARIN. 2º ¡Es un hombre
PESC. Hoy bien ha probado serlo.
MARIN. 1º ¡A tu salud!
ROBERTO Vaya en gracia.
MATEO (*Ofreciéndole un vaso*).
¡Bebe otro trago!
ROBERTO Lo acepto,
Ya que me mojé por fuera,
justo es mojarme por dentro.
MARIN. 1º Y que el chapuzón fué grande.
MARIN. 2º ¿Qué si lo fué? ¡Ya lo creo!
MARIN. 1º Bien se ha trabajado, bien.
PESC. Y gracias á los esfuerzos
de todos, el bergantín
fondeado está ya en el puerto,
los tripulantes en salvo,
en tierra los pasajeros,
la carga sin averías,
y el capitán satisfecho,
MATEO No sé cómo hay quien se embarque
para correr tales riesgos.
¡Dios nos libre de la mar!
PESC. Habráse visto el zopenco!
MATEO ¡Pues me gusta!
ROBERTO Se conoce
que tú eres de tierra adentro.
MATEO Lo más adentro posible.
No ví más agua en mi pueblo,
que la de un arroyo chico
que en el verano está seco,
y que lleva, cuando más,
tres cuartillos en invierno.
PESC. (*A Roberto*),
Y el bergantín que pensábamos
que había entrado en el puerto
por arribada forzosa....

ROBERTO Claro está.
PESC. Pues nada de eso.
Venía para dejar
en tierra á ese pasajero
que has salvado tú y que dicen
que del bergantín es dueño
ROBERTO. (*¡ Margarita*). ¿Y cómo sigue?
MARG. Está bien:
ha dormido. Hace un momento
ya quería levantarse,
pero Angela se ha opuesto
¿Está á su lado?
ROBERTO. Sí.
MARG. Entonces.....
ROBERTO. ¿Qué?
MARG. Volveré á verla luego.
ROBERTO. ¿Quieres que la llame?
MARG. No.
ROBERTO. Cuando sepa lo que has hecho
que orgullosa va á ponerse.
ROBERTO. ¡Bah! ¿Qué vale todo ello? . . .
Me voy á ver á mi madre,
que estará inquieta, temiendo
que me haya ocurrido algo,
y antes que anochezca, vuelvo.
Felices tardes.
PESC. Espera.
Vamos con él, compañeros,
sepa la infeliz baldada
que dejó aquí un heredero
digno en todo de su nombre
de su padre, que está en el cielo.
Vamos, sí.
TODOS Bien lo merece.
MARIN. 1º ¡Oh, gracias! (*Conmovido*).
ROBERTO ¡Viva Roberto!
MARIN. 1º

(*Dan todos un viva y hombres y mujeres
siguen á Roberto, que se va por el foro iz-
quierda*).

MUSICA

Honor al mancebo
Valiente y audaz,
que sabe á los mares
la presa arrancar.

ESCENA IV.

MARGARITA Y MATEO,

HABLADO

MATEO ¡Ese muchacho no es un muchacho, es
un salmonete!
MARG. Ea voy á ver cómo sigue el naufrago.
MATEO A estas horas estaría con la barriga bien
hinchada si no hubiera sido por el arro-
jo de Roberto
MARG. Eso dicen todos.
MATEO ¡Si le hubiérais visto! No hay oro con que
pagar un valor semejante.—Un golpe de
mar había arrebatado al pasajero de la
cubierta del bergantín, y aunque se co-
noce que es buen nadador, sea por la
fuerza del oleaje que era tetrrible, sea
porque el deseo de conservar la caja
que llevaba bajo el brazo sólo le permi-
tía nadar con uno, es lo cierto que vi-
mos al hombre desaparecer desfallecido
entre las olas. Gritamos todos, pero nin-
guno se atrevía á salvarle. Tirarse al
agua era perecer con él. De pronto, ese
ese muchacho se ata por aquí (*Señalan-
do debajo de los brazos*). un calabrote de
lánzase al mar, con una bravura de que
no hay ejemplo, y después de hundirse

muchas veces, le vimos llegar á tierra nadando jadeante y remolcando con su propio cuerpo el del otro, que apenas pisó la arena cayó sin sentido y medio muerto. Prorrumpimos todos en vítores y palmadas, y yo os aseguro que no había ojos que no llorasen y que... al recordarlo ahora, se me llenan de agua los míos! (*Enjugánd oselos*).

MARG. ¡Valiente es el mozuelo! Bien merece que Angela le quiera.

MATEO ¡Ya lo creo! Pero vereis en lo que para tal amor. El día que el señor Simón lo descubra, se armará aquí la de Dios es Cristo. El soñará en su avaricia, casar á la muchacha con algún ricachón que le traiga montones de oro.

MARG. ¡Pues hará mal!

MATEO ¡Claro que sí! Más encantadora pareja no puede juntarse.

ESCENA V

DICHOS, *el JUEZ y el PROCURADOR por el foro*

JUEZ Buenas tardes.

MARG. Felices, señor Juez, bien venido, señor Procurador.

MATEO (Pajarracos de mal agüero).

MARG. ¿Cómo es esto? Yo os hacía ya camino de Ploermel.

JUEZ. La carretera se ha puesto intransitable con la lluvia y preferimos esperar á mañana para emprender el viaje.

MARG. Bien pensado; pero os aconsejo que lo hagáis por la mañanita, pues á la tarde es casi seguro que volverá la tormenta.

PROC. ¿Sí, eh?

MARG. Ocurre en estos países montañosos. Generalmente siete días seguidos y á la misma hora, poco más ó menos, se reproduce la tempestad.

JUEZ. Pues es divertido. (*A Margarita*). Venga un jarro de cerveza. ¿No os parece bien, señor Procurador.

PROC. Aceptado.

MARG. Mateo, sirve á estos señores. (*Se sientan en primer término y Mateo les sirve*). ¿Y cuándo tendremos el honor de volver á veros por aquí?

JUEZ. Pronto acaso. El pueblecillo es muy pintoresco, y tal vez con mi familia venga á pasar las vacaciones veraniegas.

MARG. Mucho lo celebramos.

JUEZ. Si antes mi deber no me obligase de nuevo á visitaros.

MARG. ¡Dios no lo quiera! Aterrado esta el pueblo de haber visto la ejecución. Es la vez primera que se ha levantado aquí el cadalso.—¡Pobre hombre!

JUEZ. Bien hacéis en compadecer al delincuente; pero la justicia ha cumplido con su deber.

MARG. ¡Ya lo creo! ¡Con que menos que con la vida podía pagar ese hombre, que mató á su esposa en un arrebató de cólera, sin más motivo que una cuestión de esas que hay todos los días en los matrimonios. Por eso yo no me caso.

MARG. A mí amo le han hecho tal impresión el crimen y la ejecución de la sentencia, que piensa según dice condenar la puerta de la estancia que ha servido de prisión al reo, y derribar los tabiques para que no quede ni memoria del sitio.

PROC. Verdaderamente debían habilitar en el pueblo una casa cualquiera para que sirviese de cárcel. Es raro que con tantos vecinos no la tenga.

MARG. Ni falta que nos hace, señor. Felizmente en toda mi vida no recuerdo que se haya cometido más crimen que el expiado ayer por ese infeliz.

JUEZ De otro bien horrible me han hablado, que por cierto quedó impune.

MARG. ¡Ah, sí! Pero de eso hace ya muchos años, y como se dió con el asesino, la cárcel no fué ya necesaria.

JUEZ Ayer me lo refirió el señor cura.

PROC. ¿Y qué fue ello?

JUEZ Un asesinato cruel, con circunstancias bien extrañas por cierto.—Figuraos que hará unos veinte años llegó á este pueblo un comerciante que regresaba de la feria de Ploermel, y alojóse en esta misma hostería. Según los que le vieron, traía mucho dinero ganado en la feria, donde vendió todas sus mercancías, y pensaba embarcarse para la Gascuña, su país. La mujer se le había muerto en el viaje, y llevaba consigo una niña muy pequeña.

PROC. ¡Pobre criatura!

JUEZ Pasó aquí el día, hasta que al anoecer se desató una tempestad más grande que la de hoy, pues que duró hasta la madrugada.

MARG. Es muy cierto; lo recuerdo perfectamente.

JUEZ El barco en que había de ir el comerciante debía darse á la vela aquella noche, y él, deseoso sin duda de aguardar á bordo el momento de marchar en cuanto el tiempo serenase, salió de aquí con la niña, apenas anochecido, resguardándose de la lluvia y llevando un maletín con el dinero. A la mañana siguiente los primeros que bajaron á la playa lo encontraron muerto sobre la arena, con cinco puñaladas en el pecho y despoja-

do de cuanto llevaba. La criatura dormía junto al cadáver de su padre.
PROC. ¡Qué horror! ¿Y no se supo quién había sido el infame? . . .

MARG. Sí señor.

JUEZ. Un mozo de este pueblo, huérfano de padre y madre, vago de oficio, pendenciero y mala cabeza que debía embarcarse aquella noche para las Indias, adonde iba en busca de fortuna.

MARG. Exactamente.

JUEZ Por la tarde estuvo bebiendo aquí, y según dicen vió al comerciante que contaba su dinero. Le cegó la codicia sin duda, esperó á que saliera, y aprovechándose de la oscuridad de la noche, le asesinó, robándole luego, y se embarcó en el buque, que zarpó al romper el alba, cuando ya estaba en calma la mar y aún se ignoraba el crimen.

PROC. Todas las circunstancias le favorecieron; pero ¿cómo se averiguó que fuera él?

JUEZ Un cuchillo que dejó clavado en la herida y que era suyo, sus malos antecedentes y mil otras pruebas que fueron hallándose en el curso del proceso, convencieron al tribunal, que lo condenó á muerte en rebeldía.

MARG. Sí, señor; y en vano se enviaron requisitorias en su busca. El capitán del buque que lo llevó dijo que había desembarcado no sé dónde . . . y hasta hoy no han vuelto á tenerse más noticias.

JUEZ. Acaso haya pagado por allá su crimen.

PROC. ¿Y la hija del asesinado?

JUEZ ¡Ah! ¿No sabéis quién es?

PROC. Yo, no.

MARG. Angela, la ahijada de mi amo.

PROC. ¿Esa linda joven que nos ha servido á la mesa estos días?

JUEZ Esa.

- MARG. El señor Simón, compadecido de ella, la prohió y se la trajo con él.
- PROC. Acción meritoria, digna de un hombre tan honrado.
- MARG. Y no parece sino que la bendición de Dios vino sobre la casa desde que la niña entró en ella. Hasta entonces el señor Simón había vivido humildemente con lo poco que le daba la hostería, pero desde que tuvo á su lado á ese ángel del cielo, los negocios le fueron mejor, y ganando, ganando, ha llegado á ser el más rico del pueblo
- JUEZ ¿Sí, eh?
- MATEO ¿Ya lo creo! Sacando las entrañas á todos los infelices que necesitan dinero y se lo piden prestado.
- MARG. ¿No digas eso! El hace muchos beneficios. . . .
- MATEO Sí; por eso le aborrecen todos.
- JUEZ Es muy frecuente pagar los favores con la ingratitud,
- MATEO Si tiene una avaricia que lo consume.
- MARG. Debieras ser más tolerante con los defectos del amo que te da el pan.
- MATEO Si me lo regalara, justo que sí, pero como trabajo más que puedo para ganar una miserable soldada. . . .
- MARG. Basta de murmuración.
- JUEZ Pues él avaro será, y de ello tiene ciertamente fama por el pueblo, según he oído: pero no lo demuestra el hecho de haber levantado á espensas suyas esa ermita que esta mañana visitamos, dedicada al Arcángel San Miguel
- MARG. En ruinas estaba y él la reedificó, gastándose en ello muy buenos doblones.
- MATEO Yo creo que no lo hizo por devoción al santo, sino al demonio que tiene á los pies.
- MARG. Quita de ahí, mala lengua.
- MATEO ¡Clarol Como que digo las verdades.

- JUEZ (*Levantándose*). ¿Y por dónde anda el señor Simón?
- MATEO Estará encerrado en su cuarto, como siempre que hay tormenta.
- JUEZ ¿Es posible?
- PROC. ¿Cómo es eso?
- MARG. Le produce tal espanto, que apenas oye los primeros truenos, se esconde atemorizado, pálido y lleno de terror.
- JUEZ ¡Es extraño en un natural de este país, donde las tempestades son tan frecuentes!
- MATEO Pues no sale de su habitación, aunque lo maten, hasta que el cielo se serena; Y todo eso es pequeñez de alma. A mí como la tengo tan grande, no hay nada en la tierra que me asuste.
- MARG. ¡Qué valiente! No se atreve á embarcarse de miedo á la mar.
- MATEO Por eso digo que no me asusta nada *en la tierra*. Con el agua no quiero bromitas.
- JUEZ Vamos arriba, señor Procurador, y guardaremos todos aquellos papelotes.
- PROC. Como gustéis.
- JUEZ Cuando sea hora, que nos suban la cena. Hoy nos acostaremos temprano, y mañana, siguiendo vuestro consejo, emprendemos de madrugada nuestro viaje— ¡Ah! No os olvidéis de enviarnos la cuenta de nuestros gastos.
- MATEO El amo ha dado orden de que no se os cobre nada.
- JUEZ ¡Extraordinaria generosidad! Y luego dirán que el señor Simón no es desprendido.
- MATEO ¡Ah! Sí: Siempre hace lo mismo con la gente de justicia. En la casa no se cobra nunca ni aun lo que beben los gendarmes cuando pasan por el pueblo.
- JUEZ Exagerada consideración á los repre-

sentantes de la ley.

MATEO
JUEZ

Si. ¡Oh miedo!
(Al Procurador) ¡Vaya, si se empeña en no cobrarnos el hospedaje, haremos cualquier obsequio á su ahijada! Como dispongáis.

PROC.
JUEZ

Quedad con Dios. (El Juez y el Procurador suben por la escalera y entran por la puerta derecha).

MARG.

Con él vayais, señores.—Tú, anda á poner en orden la bodega en tanto que yo veo como sigue el naufrago. Y guárdate otra vez de hablar delante de gente como lo has hecho de nuestro amo.

MATEO

Está bien; cerraré el pico; pero lo que es para mí, ese viejo es un bribón de siete suelas. Así, clarito. (Vánse Mateo por la izquierda y Margarita por la derecha).

ESCENA VI.

SIMÓN. *que abre la puerta izquierda de la galería, sale á ésta, observa el cielo á través de los cristales, y baja luego lentamente á la escena.*

MUSICA

La lluvia ha cesado;
aléjase el trueno,
el cielo nublado
se torna sereno.
Pasó la tormenta
la mar está en calma;
¿por qué tan violenta
se agita mi alma?
¿Por qué, por qué—¡hay de mí!
eternamente ruje
la tempestad aquí?
(Poniéndose la mano sobre el corazón).

La luz de los relámpagos
que rápida fulgura

con resplandor fatídico
me llena de pavora,
Y escucho de la víctima
los ayes exhalar
del aire entre las ráfagas
que gimen al pasar.

Hirviente se alza indómito
el mar embravecido,
suspenso deja el ánimo
su aterrador mugido.
¡Y el trueno derrumbándose
me dice desde allí
que Dios su justa cólera
desata contra mí!

(Tembloroso y aterrado, se deja caer sobre uno de los bancos).

Ya el trueno apagado
más lejos resuena;
el viento ha callado,
la mar se serena.
Volvió la alegría;
renace la calma,
lo mismo que el día
serénese el alma.
¿Por qué, por qué temblar?
el cielo está sin nubes,
azul está la mar.
¿Por qué temblar?
(Vdse. Apenas ha salido por el foro, aparece en la puerta Roberto, que se detiene allí, viéndole marchar. Cesa la música).

ESCENA VII.

ROBERTO, luego ANGELA.

HABLADO.

ROBERTO Marchóse el viejo. ¡Bien haya esa ocurrencia bendita!
Se dirige hacia la ermita.....

ANGELA Irá á rezar; ¡con Dios vaya!
 ROBERTO ¡Robertol

ROBERTO ¡Gracias á Dios
 que al fin me veo á tu lado!
 Mira, el viejo se ha marchado,
 solos estamos los dos.
 La ocasión tan esperada
 llegó de poderte hablar.....

ANGELA No te debiera escuchar
 me tienes muy enojada.

ROBERTO ¿Enojada tú? ¿Por qué?
 Y yo que tan satisfecho....

ANGELA Porque sé lo que hoy has hecho

ROBERTO ¿Qué sabes?

ANGELA Todo lo sé.
 Roberto, fué una imprudencia.
 ¿Si acaso mueres allí,
 qué hubiera sido de mí?

ROBERTO ¡Pues me gusta la ocurrencia!
 Dirías seguramente
 en medio de tu dolor:
 ¡bien merecía mi amor!
 ¡se portó como un valiente!

ANGELA Tu noble audacia y tu brío
 yo ver tranquila no puedo.

ROBERTO ¿Cómo he de tenerle miedo
 al mar, que es amigo mío?—
 Junto á la orilla nací,
 en sus rocas me crié,
 con sus arenas jugué,
 sobre sus olas crecí.
 Cuando mi niñez corría,
 aún con la mar dura y brava,
 yo á mi padre acompañaba
 alegre en la pesquería,
 y mi mano pequeñuela
 supe en más de una ocasión
 mover el tosco timón
 y amainar la hinchada vela.
 A bordo aprendí á rezar,
 y más alto á Dios comprendo

su inmensa grandeza viendo
 en la grandeza del mar.
 Allí, escuchando el rumor
 de su oleaje espumoso,
 sentí el dulce y misterioso
 primer impulso de amor.
 Sobre el hirviente Océano,
 en dura tabla tendido
 y por sus olas mecido
 en las noches de verano,
 contemplando las estrellas
 el sueño al fin me rendía
 y á veces... me parecía
 que te divisaba entre ellas.

ANGELA ¡Robertol

ROBERTO Bien mío, dí,
 ¿por qué de mí estás quejosa?

ANGELA ¡Tonto! Si estoy orgullosa
 de que me quieras así.
 ¡Oyéndoles relatar
 tu arrojo y tu valentía,
 entre el miedo y la alegría
 cuánto me has hecho llorar!
 ¿Y el náufrago?

ROBERTO Lo he dejado
 hace un momento dormido.
 Y ya le dije que ha sido
 mi novio quien le ha salvado.
 No has hecho bien.

ANGELA ¿Por qué no?

ROBERTO Cualquiera se lo diría....

ANGELA ¿Qué necesidad tenía
 de saber que he sido yo?
 Él ninguna, mas yo sí.
 Eres un valiente, y quiero
 que lo sepa el mundo entero....
 ¡Y que lo sepa por mí!

MÚSICA.

ROBERTO ¡Angela mía,
 mi dulce encanto!

- ANGELA ¿Por qué Roberto,
te quiero tanto?
- ROBERTO Tú eres mi vida.
- ANGELA Tú mi tesoro
- ROBERTO ¡Cuánto te quiero!
- ANGELA ¡Cuánto te adoro!
- ROBERTO Tú no me quieres
como yo á tí!
- ANGELA ¡Ay! ¡Demasiado
sabes que sí! *Roberto va á abrazarla*):
-
- ROBERTO Por Dios no venga el viejo.
No viene, no.
Y si viene le digo que te adoro
y se acabó. [*En un arranque de ener-
gía*].
- ANGELA ¿Cuándo, dulce paloma,
lucirá el día
en que pueda llamarte
esposa mía?
- ANGELA ¡Cuándo será el momento
tan venturoso,
en que llamarte pueda
querido esposo!
-
- ROBERTO Porque ello al cabo,
hemos de ser,
yo tu marido
tú mi mujer
- ANGELA Pues si ello tiene
que suceder,
que sea lo antes
que pueda ser. (*Con ingenuidad*).
-
- LOS DOS Cuando eso llegue
á suceder,
¡oh que dichosos
podrémos ser!
-
- ANGELA Cuando en las noches del estío
azul y blanca esté la mar.

- juntos irémos, dueño mío,
á navegar.
- Allí, en alegres barcarolas
cantar podrémos nuestro amor,
entre el arrullo de las olas,
halagador.
- ROBERTO ¡Con cuánto afán que llegue ansío
el dulce instante en que cruzar,
preso en tus brazos, ángel mío,
la verde mar.
- Yo escucharé tus barcarolas,
alegre cántico de amor,
entre el arrullo de las olas
murmurador.
-
- ANGELA ¡Solos en medio
del ancho mar,
qué dulces noches
se pasarán!
- ROBERTO Cuando te lleve
sobre la mar,
¡oh! ¡qué orgullosa
mi barca irá!
-
- ¡Tú con un remo,
con otro yo,
así abrazados
bogar los dos!
-
- [*Cogiéndola con el brazo derecho por la
cintura, mientras con la mano izquierda
figura remar. Angela hace lo mismo*].
- ANGELA Tú con un remo,
con otro yo, etc.
- (*A la última nota del dúo, Roberto es-
trecha á Angela entre ambos brazos, á
tiempo que aparece en la puerta del fo-
ro Simón*).

ESCENA VIII.

DICHOS, SIMÓN.

HABLADO

SIMÓN } ¡Oh! ¿Qué es esto?
ANGELA }
ROBERTO } ¡Ay! (*Separándose*).
SIMÓN }
¡Vive Dios!
¡Háse visto el atrevido!
(¿Cómo yo no he comprendido
que se querían los dos?)
(*Indica á Angela con un ademán que se
retire. Ella se va por la derecha*).
Señor....yo....

ROBERTO }
SIMÓN } Silencio; vete
No vuelvas por acá.
¡Pues me gusta! ¿Qué se habrá
figurado el mozalvete?
Oídme.

ROBERTO }
SIMÓN } ¡Y aún se propasa!
Ház el favor de marcharte
y no me obligues á echarte
á puntapiés de mi casa

ROBERTO }
SIMÓN } ¡Eh! Poco á poco, eso no,
Yo por tu bien te lo aviso.

ROBERTO }
SIMÓN } Para eso fuera preciso
Que lo tolerase yo.
¿Qué?
Porque sois un anciano
vuestras palabras oí,
poro os advierto que á mí
nadie me amenaza en vano.
¡Hola! (Que Dios me dé calma).

SIMÓN }
ROBERTO } Ya no he de negarlo, no:
Angela me quiere, y yo
la adoro con todo el alma
[*Conteniéndose*].
No la crié para tí,

y te aconsejo, rapaz,
si quieres vivir en paz,
que no vuelvas por aquí.
¿No verla más? ¡Ah, señor!
Mil veces morir prefiero.
Está dicho, yo lo quiero
Y haré que acabe ese amor.
¡Como si pudiera ser!
Antes la mato. ¡Hola, hola!
Y Angela es huérfana y sola,
(*Con decisión*),
y libre para querer.

ROBERTO }
SIMÓN } ¡Vive Dios! Desventurado,
¿qué es lo que diciendo estás?
¿No sabes que la amo más
que si la hubiera engendrado?
¿No sabes que es el profundo
amor que por ella siento
el único sentimiento
dulce, que gocé en el mundo?
¿No sabes que yo daría
por ella cuanto poseo,
que ella es todo mi recreo,
que ella es toda mi alegría?

ROBERTO }
SIMÓN } ¡Lo sé y por esa razón
como á su padre os venero;
(*Arrodilándose*).
más ved que también la quiero,
con todo mi corazón!
¡Basta, levántate y largol
no des con mi calma al traste.
De todo lo que pensaste
ya me voy haciendo cargo.
Tú has dicho: el señor Simón
más herederos no tiene;
esta niña me conviene,
es muy buena proporción.
Viviré sin trabajar....

ROBERTO }
SIMÓN } ¿Cómo? (*Sorprendido*).
Eso es lo que pretendes.

ROBERTO }
SIMÓN } ¿Decís?... (*Turbado*).

SIMÓN Ya veo que entiendes
la aguja de marear.
Pero es en balde, chiquillo;
renuncia á ilusión tan bella;
[Riendo sarcásticamente].
eres poco para ella!
¡Vete, vete, mendiguillo!
(Riendo siempre y mirándole con el ma-
yor desprecio. Váse por la izquierda):

ESCENA IX.

ROBERTO, luego ANGELA, que sale apenas desaparece
SIMÓN y se acerca poco á poco á ROBERTO.

ROBERTO ¿Qué es esto? ¡Aturdido estoy!
¿Cómo he escuchado con calma? . . .
¡Ay, Dios mío de mi alma,
qué desventurado soy!
¡Angela! (Viéndola junto á sí).

ANGELA Todo lo oí.

ROBERTO Entonces nada te digo;
ya lo ves, soy un mendigo,
no debo pensar en tí.

ANGELA ¡Oh! ¡calla, calla por Dios!
Yo seré tu compañera.
¿Qué importa que él no lo quiera
si lo queremos los dos?

ROBERTO No.

ANGELA ¿Qué?
ROBERTO Yo quise aspirar

(Con amargura).
solamente á tu riqueza,
él lo ha dicho con franqueza
otros lo pueden pensar
y es fuerza que determine
algo, y á ello estoy dispuesto
para no dar ni aún pretexto
á que nadie lo imagine.

ANGELA ¿Qué intentas?

ROBERTO Yo bien lo sé;
¿quiere ese viejo inhumano

que aquel que aspire á tu mano
sea rico? . . . ¡Pues lo seré!
(Cogiendo de la mano á Angela).
Allá, tras las crespas olas
de esa mar hirviente y fiera,
tal vez la suerte me espera
en las Indias españolas.
Nada tengo y nada soy,
para esa tierra lejana
zarpa un bergantín mañana. . . .
me alisto en él y me voy.
¡Robertol!

ANGELA
ROBERTO

La India me ofrece
fortuna de gran valía:
mi padre me lo decía,
quien trabaja, se enriquece.
Pues bien, yo al trabajo rudo
me entregaré con afán:
aguardándome, no dudo.
¿Juras esperarme?

ANGELA
ROBERTO

¡Oh! ¡Sí!
Pues juro que volverè.
Desiste.

ANGELA
ROBERTO

No cederé.
¡Por tu madre!

ANGELA
ROBERTO

No.
¡Por mí!
Es en vano que te esfuerces.
¿Quieres matarme, Roberto?
Todo es inútil, te advierto
que mi voluntad no tuerces
—Piensa que tengo razón
que para mí es humillante
siendo pobre, ser tu amante. . .
¡Calla!

ANGELA
ROBERTO

¡Y el señor Simón
ha dicho bien. . . por ahora
soy muy niño, aunque te adoro!
(Conmoviéndose gradualmente).
Ya ves. . . yo me aflijo y lloro. . .
y un hombre. . . ¡un hombre no llora!

ANGELA
ROBERTO

Estoy bien resuelto, sí.
¿Y si mueres por allá?
Creo que no faltará
quien me llore por aquí.
Mi madre . . . ¡Rezad las dos!
(No me puedo contener).
¡Volveré al amanecer
á darte mi último adiós! (*Váse llorando.*)

ESCENA X.

ANGELA, *sola.*

¡Roberto! ¡Escucha! ¡Se va!
¡Oh, qué idea! Yo sabré . . .
¡Su madre! ¡Sí, la veré
y ella le vencerá!
(*Sale corriendo á la playa.*)

ESCENA IX.

BELTRÁN, *por la primera derecha.*

MUSICA.

Recorre la estancia, sale á la puerta y contempla un momento la playa. Luego canta desde allí la primera estrofa, viniendo después á primer término.

BELTRÁN Salve, costa de Bretaña
donde nací;
hoy dejando tierra extraña
llego hasta tí.
Salve, asilo venturoso
de mi niñez,
anhelando tu reposo
vuelvo otra vez.

—
De tí muy lejos
hallé la suerte
más siempre ansiaba
volver á verte.

Y aún cuando ingrata
fuiste conmigo,
costa querida,
yo te bendigo;
que hoy al posar de nuevo
mi pie sobre tí,
la juventud parece
volver á mí.

—
Escuchando el rumor de ese mar
que amoroso mi cuna meció,
siento dulces del alma brotar
los recuerdos que avara guardó.

—
De aquel tiempo que rápido fué
y llevó la ilusión tras de sí,
el encanto de nuevo hallaré
recordando las horas aquí.

—
Tranquilo el pecho
ya no suspira,
que el aire patrio
con gozo aspira,
Y aunque tú ingrata
fuiste conmigo,
costa risueña,
yo te bendigo;
Que hoy al poner de nuevo
mi pie sobre tí,
la juventud parece
volver á mí.

HABLADO

¡Oh! playa donde nací,
mal me recibes á fe;
con tempestad te dejé.
con tormenta vuelvo á tí.
Quiera Dios que al fin tu seno
me ofrezca amor y reposo,
y al pasado tempestuoso
siga un porvenir sereno.—
¡Siento en mí tal alegría! . . .

ESCENA XII.

DICHO y ANGELA, *que sollozando, se detiene á la puerta.*

BELTRÁN. ¿Quién solloza por ahí fuera?

ANGELA. ¡Oh! (*Sorprendida al verle.*)

BELTRÁN. ¡Si es mi linda enfermera!

¿Por qué lloras, hija mía?

ANGELA. No lloro. (*Enjugándose los ojos y procurando sonreír.*)

BELTRÁN. ¿Cómo que nó?

Tus ojos el llanto abrasa.

ANGELA. No.

BELTRÁN. Dime lo que te pasa.

Vamos, que lo sepa yo.

ANGELA. Sin duda un grano de arena,
¡soplaba ahí el aire tanto!....

BELTRÁN. Nunca es tan copioso el llanto
que no hace brotar la pena.
No finjas así conmigo,
y confiesa sin temor
la causa de tu dolor;
háblame como á un amigo.

ANGELA. Pues.... sí, señor.. he llorado....
mucho.... (*Rompiendo á llorar.*)

BELTRÁN. Serénate, ven.

(*Atrayéndola cariñosamente.*)

¿Qué tienes?

ANGELA. ¡Que se va!

BELTRÁN. ¿Quién?

ANGELA. Roberto, el que os ha salvado.

BELTRÁN. ¿Y por qué deja esta playa?

¿Habéis reñido quizá?

ANGELA. No, señor.

BELTRÁN. Entonces ya
haremos que no se vaya

ANGELA. ¡Ay! Está muy decidido,
y cuando él quiere una cosa....

BELTRÁN. Anímate. niña hermosa,
y cuéntame lo ocurrido.

ANGELA. Mi historia os he relatado:
sabéis que huérfana soy
y que aquí acogida estoy....

BELTRÁN. Sí, sí, ya me lo has contado.

ANGELA. Pues bién, el señor Simón
poco hace me ha descubierto
conversando con Roberto,
y lleno de indignación
y de sorpresa al saber
que me quería.... ¡ay de mí!
le ha despedido de aquí,
prohibiéndole volver.

BELTRÁN. ¿De veras?

ANGELA. Como os lo digo....
y humillándolo de un modo....
Yo oculta lo escuché todo,
y le llamó hasta ¡mendigo!
A él, que tan altivo es,
y que por mí lo sufría,
le dijo que me quería
tan sólo por interés;
y porque no haya quien crea
que es cierto, á la India se va,
y de allí no volverá
mientras que rico no sea.
Yo esperarle he prometido
y lo cumpliré, eso sí.

BELTRÁN. ¿En dónde está?

ANGELA. Vedle allí,
(*Señalando á la playa.*)
triste el pobre y abatido.

Por más que quiere tener
energía para el paso,
piensa como yo, que acaso
no nos volvamos á ver.

BELTRÁN. ¡Díle que venga!

ANGELA. Voy, pero....

Si le vieran....

BELTRÁN. No hay cuidado;
si soy yo quien le ha llamado.

ANGELA. ¡Roberto! ¡Ven, ven ligero!

ESCENA x III.

DICHOS y ROBERTO *que á la puerta se detiene.*ROBERTO ¿Qué quieres? Ya estoy aquí.
¡Ah! Señor....BELTRÁN Pasa adelante.
(Es un muchacho arrogante
y guapo) (*A Angela*).ANGELA (*Con ingenuidad*). ¿Verdad que sí?

BELTRÁN Ven á mis brazos, mancebo

ROBERTO ¡Por Dios!...

BELTRÁN Estrecharte ansío. (*Se abrazan*).

Nunca olvidaré, hijo mío,

que la existencia te debo.

ROBERTO Señor, de eso no hay que hablar,
pues ningún mérito encierra:
antes que andar por la tierra,
creo que aprendí á nadar.BELTRÁN. En vano te empequeñeces:
sin tu noble valentía
á estas horas yo sería
alimento de los peces.—
¿Eres huérfano?

De padre.

ROBERTO Y de oficio?

Pescador.

BELTRÁN (*Reparando en el traje*).

¡Y muy pobre!

¡No, señor!

ROBERTO ¡Cómo!

BELTRÁN ¡Mantengo á mi madre!

ROBERTO (*¡Honrosa altivez!*)

BELTRÁN Y creo

que de su cariño en pago

con el mío satisfago

cuanto sueña su deseo.

¡siempre que salgo á pescar

dejo á la impedida anciana

enfrente de una ventana

por donde contempla el mar!

Allí mi regreso espera,
siguiendo con vista ansiosa
la marcha vertiginosa
de mi barquilla velera
y al verme volver, erguida
y agitando su pañuelo,
parece un ángel del cielo
que me da la bien venida.BELTRÁN. Ni de élla te has de apartar,
ni de ésta, que te ama tanto.

ROBERTO ¡Cómo!

BELTRÁN Seca ya ese llanto,
Que tu suerte va á cambiar.
En tu alma existe un tesoro
de inapreciable valer;
desgraciado no has de ser
por faltarte un poco de oro.
¡Felizmente rico soy!
Admite, pues, de buen grado,
algo de lo que has salvado
que con el alma te doy.
Así te demostraré
cuanto es mi agradecimiento....
y mi cariño....ROBERTO Lo siento,
pero....no es posible.

BELTRÁN ¿Qué?

ROBERTO Fuera indigno en mí aceptar
tal dádiva, lo repito.

BELTRÁN ¿Mas por qué?

ROBERTO Yo nunca admito
lo que no puedo pagar.ANGELA (*¡Ay!*)BELTRÁN (*A Angela*). (*Su intención es honrada*).

No te brindé el beneficio

en cambio de un sacrificio

que no se paga con nada.

Lo que me atrevo á ofrecer

y que tú aceptar no quieres

trabajando—¡joven eres!—

me lo puedes devolver.

ROBERTO (*Después de pensar un momento*).

BELTRÁN ¿Pensáis que es posible? ¡Claro!

y sabiendo la intención,
debieras, en mi opinión,
aceptarlo sin reparo.

ROBERTO Trabajar... Bien puedo, sí.

BELTRÁN Tan sólo en ese concepto
te lo daré.

ROBERTO Pues... lo acepto. (*De pronto*).

ANGELA ¡Ah!

ROBERTO ¡Por mi madre... y por tí!

ANGELA ¡Gracias!

BELTRÁN ¡Qué alma tan hermosa!

Muy en breve el santo lazo
os unirá. ¡Da un abrazo
á la que ha de ser tu esposa!
(*Lo empuja hacia donde está Angela. y
ésta y él se abrazan estrechamente á tiem-
po de aparecer Simón*).

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, y SIMÓN.

MUSICA

ROBERTO ¡E!

ANGELA ¡Virgen Santa!

SIMÓN ¡Ah! ¡Vive Dios! (*Yendo iracundo hacia
ellos*).

BELTRÁN ¡Yo les amparo! (*Interponiéndose*).

SIMÓN ¿Y quién sois vos?

BELTRÁN —
Un hombre soy que debe
la vida á este rapaz
que despreció la suya
por socorrerme audaz.
Fortuna y existencia
por él del mar salvé,

haciendole dichoso
mi deuda pagaré.

—
Y como en esta niña
cifró su dicha toda,
dispuesto á darle gusto,
protejeré su boda.
En vano es oponerse,
pues lo he resuelto ya,
y pese á quien pesare
con ella casará.

SIMÓN ¡Já, já, já, já,
risa me dal

BELTRÁN Reid, reid,
cuanto queráis.

—
SIMÓN Vos ignorais, sin duda,
que si él quiere á la chica,
por cálculo es tan sólo,
pues la supone rica.

ROBERTO A ultraje tan villano,
ní aun quiero contestar.

SIMÓN ¡Ya veis, el miserable
se tiene que callar!

ROBERTO (Por tí tan vil ofensa, (*A Angela*),
me atrevo á devorar).

ANGELA (Tu inmenso sacrificio
mi amor sabrá apreciar).

BELTRÁN Yo de las Indias
traigo un tesoro;
puedo á este chico
pesar en oro.
Para él respeto
de vos exijo:
padre no tiene,
yo le prohijo,
Y si os parece poco,
no dudo ya,
¡todo cuanto poseo
suyo será!

- ROBERTO Como pagar, Dios mío tanta bondad!
- ANGELA ¡Mi alma de afecto llena gracias os da!
-
- SIMÓN Siendo tan generoso, fuerza será ceder.
- BELTRÁN ¿Luego asentís gustoso?
- SIMÓN ¿Pues qué he de hacer?
- ¡Ah!
- (*Beltrán hace unirse á Roberto y á Angela que se abrazan.*)
- ROBERTO } El alma mía enamorada
Y ANGELA }
- despierta en mágica explosión y con su fuerza arrebatada gozoso late el corazón.
-
- BELTRÁN ¡Linda pareja enamorada! (*Contemplándolos con placer.*)
¡Oh! ¡cuánto goza el corazón viendo su dicha asegurada al sólo anuncio de su unión! (*Mirando á Beltrán.*)
- SIMÓN. ¿Por que me turba su mirada?
¿Por qué se agita el corazón y á mi memoria conturbada acude fúnebre visión?
- ROBERTO A ver voy á mi madre, (*Separándose de Angela.*)
que ya mi ausencia llora.
Dejad, señor, que bese (*A Beltrán.*) su mano bienhechora.
(*La besa. Beltrán le coge, y atrayéndole hacia sí, le abraza á él y á Angela, formando grupo.*)
- BELTRÁN ¡Fortuna y alegría el cielo os quiera dar, y así será la mía vuestra felicidad!
- ¡Ah!

- ROBERTO } El alma mía, enamorada, etc.
Y ANGELA }
- BELTRÁN Linda pareja enamorada, etc.
SIMÓN (*Contemplando el grupo.*)
¿Por qué me turba su mirada? etc.
-
- ROBERTO ¡No cabe en mí la alegría!
Adiós, mi noble protector.
Hasta mañana, vida mía!
Con Dios quedad, señor Simón.
-
- ANGELA ¡Adiós!
- SIMÓN ¡Adiós!
- BELTRÁN ¡Adiós!
- (*Beltrán se acerca á Simón, en tanto que Roberto á Angela, ya cerca del foro*)
¡Gocemos en la dicha de los dos!
- ROBERTO ¡Adiós!
- ANGELA ¡Adiós!
- (*Roberto le da un beso, á cuyo sonido se vuelven Simón fosco y Beltrán risueño. Angela se queda ruborizada. Roberto se despide desde la puerta.*)
-
- SIMÓN ¿Eh?
- ROBERTO ¡Adiós!
- TODOS ¡Adiós!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Exterior de la hostería de Simón, á la izquierda. Al foro rocas y mar. A la derecha cierra el fondo un grupo de acantilados por entre los cuales se supone verse el mar. Las salidas deben hacerse por la izquierda. entre la hostería y las rocas y por el foro entre éstas y la marina.

ESCENA PRIMERA.

La escena sola, la hostería cerrada. Aparecen en varios grupos de pescadores y mujeres que vienen con los trajes del día de fiesta

MUJERES	Llegad, llegad, venid, venid; una alegre alborada cantemos y así despertemos á la novia que duerme feliz.
PESCADORES	Venid, venid, llegad, llegad; la doncella que va á ser esposa despierte gozosa á la voz de la dulce amistad.
TODOS	Venid, Venid, llegad, llegad.

(Colocándose todos frente á la puerta de la hostería).

ALBORADA.

CORO

Despierta, niña, despierta,
que el día avanzando va
y la amistad á tu puerta
alegre llamando está.

Abre ya tu ventana,
mira el cielo azul
que pintó la mañana
con hermosa luz
que la niña que duerma
cuando nace el sol,
de seguro está enferma
ó no tiene amor.

Ligera salta del lecho
y de él se despide ya,
que para dos harto estrecho
desde esta noche será.

Abre ya tu ventana, etc.

ESCENA II.

DICHOS, MATEO, *que abre la puerta de la hostería.*

MATEO	Tengan muy buenos días.
CORO	¡Hola, Mateo!
MATEO	La novia os agradece vuestro deseo. Más hoy que la despierten no necesita que no pegó los ojos la pobrecita. Y es natural que en víspera de boda se duerme mal.

CORO

Es natural,
que en víspera de boda
se duerme mal.

(Acercándose y rodeando á Mateo. En voz baja.

¿Y es cierto lo que dicen
de que el padrino
con una gran fortuna
de la India vino?

MATEO

No lo dudeis;
oid un solo instante
y juzgaréis.

Ha comprado veinte casas,
las mejores del lugar,
donde quiere, según cuentan
un palacio edificar.
Y para ir á pasearse
por el mar á su placer
un navío de tres puentes...
dicen que ha mandado hacer.

CORO

¡Eso no puede ser!

MATEO

Pues sí que puede ser.
¡Y en fin, después de todo,
ya lo hemos de ver!

CORO

¡Eso no puede ser!

MATEO

Guarda en onzas mexicanas
un inmenso capital
y pepitas de oro puro
de más peso que un quintal.
Piedras finas, no digamos,
pues las tiene en un montón,
y hay entre ellas un diamante....
del tamaño de un melón.

CORO

¿No habrá exageración?

MATEO

¡No hay exageración!
Os digo que el indiano
trae un fortunón!

CORO

Sin duda que el indiano
trae un fortunón.

HABLADO.

MATRO

Nada, nada, os lo aseguro.
que es un hombre poderoso,
y más sencillo y más franco....
Ayer me dijo: 'buen mozo,
'(me hace justicia), tal vez
'pienses en casarte pronto;
'cuando lo decidas, dímelo.'
'que yo á la novia la doto.'
¿Y en cuanto?

MUJER 1ª

VARIAS

MATEO

¿En cuánto?

(¿Qué tal?

Ya han abierto cada ojo....
(Dándose importancia).

Pues... no lo sé; pero creo
que el dote debe ser gordo.
Conque, á animarse, que soy
un partido como hay pocos.
(Desde hoy me van á asediar
las mozas con sus piropos)
¿Y el señor Simón?

PASC.

MATEO

Está

llevado de los demonios.
Es natural.

PESC.

MATEO

De la usura
vivía ese viejo zorro,
haciendo con el sudor
de los pobres su negocio,
cuando se entera del caso
el viajero, no sé cómo;
va, recoge los recibos,
y entre el general asombro,
"Tomad,—dice á los deudores,—
"yo vengo en vuestro socorro;
"á trabajar, ya sois libres,
"ya lo habéis pagado todo."
Y rompió los documentos
y se quedó tan orondo.

MARINERO 1º

Ha sido un rasgo soberbio.

PESC. Cierta que lo es, pero noto en la conducta de ese hombre no sé que de misterioso. *(Acércanse todos y oyen con interés).* Ayer se fué al cementerio y se encerró con Ambrosio el enterrador.

MARINERO 1º ¡Canario!
PESC. Yo le ví entrar, y á muy poco salió al patio de los muertos, hizo entonar un responso al padre cura: rezando lo escuchó puesto de hinojos; besó la tierra y después, levantándose lloroso, al cepillo de las ánimas echó tres monedas de oro. ¡Es extraño!

MUJER 1ª ¡Muy extraño!
OTRA ¡Muy extraño!
MATEO Pues yo en él lo encuentro propio; como es tan bueno, sin duda queriendo hacer bien á todos se ha dedicado á sacar ánimas del Purgatorio.

MARINERO 1º Lo cierto es que el hombre tiene un corazón muy hermoso.

MATEO Y ha hecho más bienes en tres días que en toda su vida otros.

PESC. ¡Ya lo creo!

MATEO Y en la boda veréis hoy si es generoso. ¡Qué regalos!

MUJER 1ª ¡Buen padrino han encontrado los novios! Entremos á verla á ella.

PESCADOR ¡Y á él á buscarle nosotros! *(Las mujeres entran en la hostería y los hombres vándose por la izquierda. Música en la orquesta).*

ESCENA III.

MATEO y después MARGARITA.

MATEO ¡Estoy más alegre que unas pascuas! Aunque sólo fuera por salir de esa hostería, donde tanto se trabaja, y no ver más la cara de buho del señor Simón y no aguantar sus regaños y sus gruñidos... ¡Digo y ahora que echará un humor de todos los diablos, viendo que se le ha ido el negocio de entre las uñas! ¡El demonio que lo aguante.

MARG. *(Desde la puerta).* ¡Mateo!

MATEO ¿Qué hay?

MARG. Ven acá, que está todo esto en desorden.

MATEO Mejor. *(Con tranquilidad y sorna).*

MARG. ¡Pero muchacho, que haces falta!

MATEO Mejor.

MARG. *(Acercándose).* Que el señor va á bajar y se pondrá hecho una fiera.

MATEO Mejor que mejor.

MARG. ¿Te has vuelto loco?

MATEO Más cuerdo no lo he sido nunca. Pero ya estoy arto de servir bien á gente que no sabe agradecerlo.

MARG. Mira que si te oye va á despedirte!

MATEO ¿A mi? ¡Jé, jé, jé!

MARG. ¡Ya lo creo! Le faltarán criados para su casa!...

MATEO Pues puede buscar uno, porque yo hoy mismo tomo soleta.

MARG. ¿Qué dices?

MATEO Que me voy á servir á los recién casados.

MARG. ¿Es posible?

MATEO Que su padrino y mi padrino y el padrino de todos, porque ese hombre es el padrino de todo el mundo, dijo anoche, dice: "Muchacho, desde mañana cuenta "con doble salario del que tienes, y así

- “que se verifique la boda, te vas con los “novios á su casa.”
- MARG. ¿De manera que me quedo sola con el señor Simón?
- MATEO Y añadió: “A Margarita nada le digo “porque como ha pasado en la hostería “toda su vida, acaso no quiera abando- “narla y separarse de su antiguo amo. “Sin embargo, si desea venirse con no- “sotros, también le ofrezco una buena “soldada.”
- MARG. Yo se lo agradezco, pero no abandono á mi señor. ¡Pobre viejo! Todo esto va á quitarle la vida.
- MATEO No se perdería mucho.
- MARG. ¡Mateo!
- MATEO Pero, descuidad, que cosa mala nunca muere!

ESCENA IV.

DICHOS, SIMÓN á la puerta de la hostería.

- SIMÓN ¡Eh, muchacho! ¡Margarita! Así me gusta la casa abandonada á toda esa patulea de comadres que se ha colado de rondón, y vosotros mano sobre mano.
- MARG. Yo había salido á buscar á éste. . . . (Mal humorado se levanta hoy). (*Entra en la hostería*).
- SIMÓN ¿Y tú que haces ahí?
- MATEO Pues. . . . ya lo veis. . . . nada. (*Dándose mucha importancia*).
- SIMÓN A trabajar, andando.
- MATEO Lo que es por ahora. . . . me parece que no estoy dispuesto para eso.
- SIMÓN ¿Qué dices?
- MATEO Es día de boda y fiesta, me he vestido muy majo y el cuerpo me pide mucho ja-leito.
- SIMÓN ¡Insolente!

- MATEO Y no pienso ocuparme en otra cosa que en bailar y divertirme..
- SIMÓN ¡Vive Dios, que ya es mucha falta de respeto! [*Yendo hacia él con aire amenazador*]
- MATEO ¡Eh! ¡Eh! No hay que alborotarse. Si lo queréis así, bueno, y si no tan conformes. Ni vos necesitáis de mis servicios, ni yo de vuestra casa. El padrino de los novios, que sabe apreciar á las personas que valen, me ha ofrecido doble salario para que vaya á servirle. Y con él me voy, y Cristo con todos, y buscad otro infeliz que sufra vuestras impertinencias que yo ya estoy de ellas. . . . hasta aquí ¿Cómo?
- SIMÓN ¡Hasta aquí! ¡Ay! ¡Qué tranquilo me ha dejado este desahogo! (*Entra en la hostería*).

ESCENA V.

SIMÓN, sólo.

¡El infierno se ha desatado en contra mía! ¿Quién es ese hombre que así se goza en mortificarme, que destruye todos mis proyectos, descompone todos mis negocios y arranca de mi lado á los que antes me querían y respetaban?—Parece mi castigo—Le odio y le temo.—Su sonrisa me hiela, su mirada me aturde. . . No he podido resistirla de frente. . . —Y después; los recuerdos que trae á mi memoria. . . —¡Bah! Serán sospechas hijas del temor recelos de mi alma inquieta. . . . Siempre dudando, temiendo siempre. . .

ESCENA VI.

DICHO, BELTRÁN, que llega por el foro, se acerca á él sin ser visto, y le pone la mano sobre el hombro.

SIMÓN (Asustado, volviéndose). ¿Eh?—¡Ah! ¡Sois vos!

BELTRÁN ¡Meditabundo estabais!

SIMÓN Tengo mucho en que pensar. Que Dios os guarde.

BELTRÁN Escuchad un momento y hablemos como buenos amigos.

SIMÓN Es difícil.

BELTRÁN ¿Por qué?

SIMÓN No queráis añadir el sarcasmo á las ofensas que me habéis hecho.

BELTRÁN ¿Yo? ¿En que puedo haberos ofendido?

SIMÓN En cuanto hicisteis desde vuestra llegada. ¡Maldigo la hora en que arribasteis á la playal

BELTRÁN ¡Y yo con toda mi alma la bendigo!

SIMÓN Sea en hora buena; dejadme en paz.

BELTRÁN No por cierto. La ocasión de cercarme ante vos no puede ser más oportuna, y he de aprovecharla. Además, tengo que pedir os un favor.

SIMÓN ¿Cuál?

BELTRÁN Que asistáis á la boda.

SIMÓN No por cierto.

BELTRÁN Amargaréis la dicha de Angela.

SIMÓN Más acibarará ella la mía.

BELTRÁN Pero en un principio, ¿no accedisteis á que se casaran?

SIMÓN No lo pensé bien. Además, creí entonces que al proteger el amor de esos muchachos teniais una buena intencion, luego he visto que os anima contra mí un espíritu de venganza que no acierto á explicaros.

BELTRÁN Es natural; ¿cómo habéis de explicaros un sentimiento que no existe?

SIMÓN Separando á Angela de mi lado, me arrebatáis el único bien que poseo, el único consuelo de mi vejez.

BELTRÁN Pues quédese el matrimonio á vivir con vos, y así estaréis todos contentos.

SIMÓN No quiero en mi casa á ese mozo insolente y atrevido.

BELTRÁN Y él no querrá, como comprendereis, vivir separado de su mujercita.

SIMÓN Os habéis propuesto dejarme aislado en el mundo y vais á conseguirlo. (Con amargura).

BELTRÁN (Cariñosamente). Vaya, vaya; ni soy yo quien arranca de vuestro lado á esa niña, ni hago otra cosa protegiendo al que va á ser dueño suyo, que llenar de gozo el corazón de ambos, pagar una deuda de gratitud á quien debo mi vida y mi fortuna, y premiar las virtudes de Angela, que en vuestro poder no ha sido muy dichosa. (Bajando la voz).

SIMÓN ¿Es posible? ¿Tiene alguna queja contra mí? ¿No la he tratado como á una hija?

BELTRÁN. En efecto, como hubierais tratado á una hija vuestra. . . . Todo lo bien que os permite la avaricia que seca vuestra alma. (Sorprendido). ¿Ella lo ha dicho?

SIMÓN De su boca no han salido para vos sino palabras de gratitud y de respeto. De cariño no, porque es difícil que os hagáis querer de nadie.

SIMÓN (Sufro de este hombre ofensas que no toleraría de ningún otro).

BELTRÁN (Siempre en tono afectuoso) Desengaños, señor Simón, yo he venido á tiempo de evitar que en los últimos años de vuestra vida seais aborrecido de cuantos os rodean. Aun podéis conquistaros su afecto.—Vuestros deudores, redimidos

por mí, olvidarán bien pronto la explotación de que fueron objeto, y Angela, feliz al lado de su esposo, alegrará los días de vuestra ancianidad.

SIMÓN (Con ironía) Por lo visto aún debiera daros gracias por lo que habéis hecho.

BELTRÁN ¿Quién lo duda? Y yo he de conseguir al fin y al cabo que disfrutéis un gozo del cual no tenéis ni la idea más remota.

SIMÓN ¿Cuál?

BELTRÁN El de hacer bien! Delicia no comparable á ninguna otra; placer que vierte en el alma un bálsamo tan dulce, como no es posible ni soñarlo.

SIMÓN ¡Ah! Vos pensáis sin duda, que el hacer bien consiste en solventar las deudas de unos cuantos aranganes, que os pagarán con su ingratitud ese beneficio; llamáis hacer bien á realizar la boda de dos muchachuelos sin experiencia, que van á ser infelices; suponéis que el hacer bien se reduce á regalar trajes y galas á la chica para envanecerla. . . . No conocéis lo que es el mundo; sois demasiado joven.

BELTRÁN Friso en los cuarenta.

SIMÓN Pues estáis haciendo una porción de niñerías y ya recogeréis el pago.

BELTRÁN (Casi suplicante) Ea fia, prometedme que asistiréis hoy á la iglesia. (Oyese rumor de gente que llega).

SIMÓN No autorizo con mi presencia esa unión que considero desatinada. Allí viene tan satisfecho vuestro protegido. No quiero ni verle. ¡Quedad con Dios! [Entra en la hostería]

BELTRÁN ¡Id con él!—¡Miserable viejo! ¡La dicha agena le sirve de tortura! Digno es de compasión.

ESCENA VII.

DICHOS. Coro de hombres que acompañan á ROBERTO el cual viste lujoso traje de fiesta. Sale de la hostería el Coro de mujeres y ANGELA vestida de novia.

BELTRÁN baja del foro al proscenio abrazando á Roberto.

MÚSICA.

HOMBRES En busca de su novia,
que ya le espera;
el novio engalanado
contento llega.

MUJERES En busca de su novio,
que ya la aguarda,
aquí sale la novia
engalanada

ROBERTO ¡Angela mía!

ANGELA ¡Roberto amado!

Mi buen padrino.

BELTRÁN ¡Que os guarde Dios!

ROBERTO } Ya llegó el día

Y ANGEA } tan esperado

BELTRÁN ¡Que eterno sea

para los dos!

CORO general rodeando á los novios.

Según vieja costumbre (Solemnemente).
del pueblo bretón,
antes que os eche el cura
la bendición,
de todos los amigos
debéis escuchar
consejos saludables
que os quieren dar.

ROBERTO } Podéis empezar
Y ANGELA } que ya estamos dispuestos
para escuchar.

(Beltrán se retira al foro. Las mujeres, formando semicírculo, rodean á Roberto, y los hombres, en la misma forma, á Angela.)

MUJERES Con su mujer muy complaciente todo marido debe ser

HOMBRES Debe la esposa humildemente á su marido obedecer.

MUJERES Si hay disensión, porque no siga, él es quien tiene que callar.

HOMBRES Diga el marido lo que diga ella no debe replicar.

MUJERES Debe el marido cariñoso ser á su esposa siempre fiel

HOMBRES Y ella vivir para su esposo y estar pensando siempre en él.

MUJERES Junto á su esposa todo el día, un buen marido debe estar.

HOMBRES Y si el marido se extravía mucha paciencia y aguantar.

TODOS (Ocupando la posición anterior).

¡Novios felices,
ya lo sabéis,
el cielo os premie
si así lo hacéis!

ANGELA Vuestros consejos no olvidaré y á mi marido feliz le haré.

ROBERTO Vuestros consejos no olvidaré y haré la dicha de mi mujer.

(Roberto y Angela, pasando de uno á otro lado, quedan al contrario que antes, es decir, él entre los hombres y ella entre las mujeres que vuelven á formar rápidamente los dos semicírculos. Ambos grupos se estrechan para decir los siguientes versos),

MUJERES. Mete en un puño (A Angela).
a tu marido.

HOMBRES Ten bien sujeta (A Roberto).
á tu mujer.
Tú no te fies.

MUJERES ¡Tú ten cuidado!

HOMBRES ¡Ojo con ella!

MUJERES ¡Ojo con él!

TODOS Novios felices, etc.

HABLADO

MATEO (Que ha salido de la hostería momentos antes) ¡Ea, basta ya de consejos! Al fin y al cabo en cuanto se casan los olvidan y hace cada uno su santísima voluntad.

BELTRÁN ¡Mateo! Da de beber por mi cuenta á todos los presentes lo más añejo que haya en la casa.

MATEO Pues adentro todos. Y aunque ya no sirvo en la hostería, como soy el único que sabe los secretos de la bodega, os obsequiaré dignamente en nombre del padrino. Pero antes y para que rabie el señor Simón, que está allá adentro, demos unos cuantos vivas que retumben en toda la costa. (Acercándose con el coro á la puerta). ¡Viva el padrino!

TODOS ¡Viva!

MATEO ¡Vivan los novios!

TODOS ¡Vivan!

MATEO (Que corta la prolongación de cada uno de los vivas con un movimiento á la manera de los directores de la orquesta).

Estas revoluciones pacíficas me llenan de entusiasmo. (*Entran en la hostería.*)

ESCENA VIII.

ANGELA, BELTRÁN y ROBERTO.

- BELTRÁN Gracias hijos míos muchas gracias.
 ROBERTO Aprecian en lo que vale vuestra generosidad.
 BELTRÁN Me la pagan con creces y consigo de esta manera que participen todos de vuestra dicha.
 ROBERTO ¡La mía no puede ser mayor!
 BELTRÁN Angela, ¿qué es eso? ¿qué tienes?
 ROBERTO ¿Lloras?
 ANGELA Sí, no lo estrañéis; el cielo de mi felicidad se haya hoy empañado por una nube de tristeza.
 BELTRÁN ¿Qué es ello?
 ROBERTO ¿Qué puede afligirte?
 ANGELA Cuando me levanté esta mañana, fui como todos los días á saludar al señor Simón, y no ha querido verme.
 ROBERTO ¡Bah! ¿Y eso te desconsuela?
 ANGELA Yo no puedo olvidar que niña, desvalida y huérfana, me recogió en su casa; que á su lado pasé mi vida entera y que no he conocido otro padre.—Al unirme á tí contra su voluntad, pensará acaso que soy una ingrata, que olvido los favores que le debo
 BELTRÁN No digas eso. Harto bien te conoce para saber que no cabe en tu pecho la ingratitud.
 ROBERTO Y sobre todo, yo te aseguro que antes de mucho ha de querernos á los dos más que antes á tí sola.
 ANGELA No lo creas. Yo le estimo, yo le respeto, pero conozco que tiene una mala condición: no olvida los agravios.

- ROBERTO Oye. Cuando salgamos de la iglesia, después de ver á mi madre, que ya nos aguarda con impaciencia para unirnos en un estrecho abrazo, vendremos los dos á la hostería, nos hecharemos á las plantas del señor Simón, y como si en algo le hubiéramos ofendido, le pediremos perdón humildemente.—Yo le haré ver que no he venido á robarte su amor, sino á hacer más grande y duradera la dicha de su hogar; que seré el báculo de su vejez. . . . En fin, le diré tales cosas, que acabará por quererme mucho. ¡Vaya! Pues si me pinto yo sólo para engañar á cualquiera.
 ANGELA ¿Cómo?
 BELTRÁN ¿Eh?
 ROBERTO De buena manera, se entienñe. Porque de veras te lo digo, por mucho respeto que le finja, y mucho cariño que le aparente, nunca podrá ser santo de mi devoción tu padre adoptivo. Hay en él algo que no me atre. . . . Ese carácter hueraño. . . . Ese seño sombrío se aviene mal con mi genio alegre y bullicioso.
 ANGELA Si soy yo, y no he podido acostumbrarme en mi vida.—Dame un beso, me dijo algunas veces; no correspondes al cariño que te tengo. Y yo le respondía besándole en la frente con timidez: no sé por qué, pero. . . . parece que me dais miedo. Entonces él me rechazaba con violencia, se ponía más sombrío que antes y yo me retiraba asustada. Y á solas luego, llorando, decía reprendiéndome: Si, yo debía quererle, debía quererle. . . . y no le quiero.
 BELTRÁN Difícilmente recoge cariño quien no sabe sembrarlo.
 ROBERTO Yo te ruego que procures alejar esos pensamientos que te entristecen. ¡Todo el

- tiempo me parece poco para gozar de la ventura que nos sonríe!
- BELTRÁN En tí consiste que no se desvanezca.
- ROBERTO ¿En mí?
- BELTRÁN Tú puedes hacer feliz ó desgraciada á esta pobre niña.
- ROBERTO ¿Y dudáis que la haré dichosa?
- BELTRÁN No; pero temo que para casado seas demasiado niño.
- ROBERTO ¿Niño? Yo os probaré que no.
- BELTRÁN ¡Dios lo quiero!— Y, vamos á ver, ¿qué regalo de boda has hecho á Angela? Porque ya sabes que la costumbre obliga al novio á ofrecer un rico presente.
- ROBERTO (*Cortado*) Pues, yo... la verdad es que...
- ANGELA A mí me basta con su cariño. Ya me habéis puesto bastante engalanada. ¿Para qué quiero más?
- BELTRÁN Sin embargo, ese vestido exige alguna joya, un collar, por ejemplo.
- ROBERTO Cierto que sí, y yo la prometo... que con lo primero que gane he de comprárselo,
- BELTRÁN Que te agradezca la intención, pero no es preciso. Permite que en tu nombre le frezca yo este....
- (*Enseñándole uno que saca del bolsillo*).
- ROBERTO ¡Oh, ¡Qué hermoso es! En mi vida ví cosa que se le parezca.

MUSICA

- BELTRÁN Diamantes brasileños tan claros como el sol, te ofrezco, hermosa niña, en cariñoso dón. Del fondo de la tierra mi mano los sacó; que adorne tu hermosura su mágico fulgor. (*Le da el collar, que Angela contempla un momento*).

- ANGELA ¡Oh, que linda joya!
- ¡Causa admiración!
- ROBERTO ¡Dignas de una reina tales piedras son!
- BELTRÁN (*Dándole un lindo espejito de mano*). Póntelas y en este diáfano cristal todos tus encantos puedes admirar.
- ROBERTO ¡Sois muy generoso!
- ANGELA Gracias mil os doy.
- ROBERTO Deja, que yo mismo (*A Angela*) á adornarte voy. (*Le pone el collar*)
-
- ANGELA (*Contemplándose en el espejo*). Como gotas del fresco rocío que adornan temblando la cándida flor, estas piedras sobre el pecho mío se agitan brillando con limpio fulgor.
-
- ¡En su seno la luz juguetea con lindos cambiantes que trueca el azar, y parece que el sol se recrea mil chispas radiantes haciendo brotar!
-
- ROBERTO Aunque de su rostro, (*A Beltrán*) fiel ese cristal todos los encantos sepan reflejar, en su hermosa imagen faltará calor; viéndose en mis ojos se verá mejor. [*Se acerca á ella*]
- BELTRÁN Tiene el jovencillo celos del cristal que de su adorada copia así la faz.

Y á la vez risueño
piensa con amor
que en sus negros ojos
se verá mejor.

ROBERTO Aunque de tu rostro, etc. (*A Angela.*)
Mírate en mis ojos,
te verás mejor.

ANGELA Yo por tí desprecio
este fiel cristal
y cuando mi rostro
quiera contemplar,
como tu mirada
llena está de amor.
siempre en esos ojos
me verá mejor

HABLADO.

ROBERTO ¡Hermoso es el collar!
ANGELA Como yo no podía ni señalarlo. ¡Ah! Con
qué podremos pagar tantos beneficios.
BELTRÁN Con vuestro afecto me considero bien
pagado.
ROBERTO Yo no encuentro ya palabras para ex-
presaros mi agradecimiento.
BELTRÁN Ni hace falta que las busques. Vaya, se
acerca la hora de encaminarnos á la igle-
sia. Vé á ponerte el velo de desposada,
ROBERTO Tiene razón, y yo, con vuestro permiso.
voy á ayudarle á ponérselo.
BELTRÁN Si, sí; no la dejes sola un momento, no
vaya á evaporarse.
ANGELA ¿Os burláis?
BELTRÁN ¿Burlarme yo del amor? No, hija mía, no;
¡benditos los que aman!
ANGELA Hasta luego.
ROBERTO Hasta después.

ESCENA IX.

DICHOS, *el juez que sale de la hostería.*

ANGELA ¡Ah! señor.
JUEZ Buenos días. felices novios.
ANGELA Buenos los tengais.
ROBERTO Con vuestro permiso, vamos adentro...
JUEZ ¡Id con Dios! (*Entran en la hostería*)
BELTRÁN (*Acercándose*) ¡Señor Juez! No sabeis
cuánto os agradezco el favor de haberos
detenido para honrar con vuestra pre-
sencia la ceremonia.
JUEZ Yo me complazco en satisfacer ese de-
seo y tengo sumo gusto en asistir al en-
lace de esos dos buen muchachos, que
os deben su felicidad.
BELTRÁN Creed que la merecen toda. Ella y él tie-
nen un corazón de oro.
VOCES (*Dentro*) ¡Qué bebal! ¡Qué cante! ¡Vivan
los novios! ¡Viva el padrino!
SIMÓN (*Dentro*). Dejadme en paz.
VOCES ¡Qué cante! ¡Qué cante!

ESCENA X.

DICHOS, SIMÓN Y CORO *que sale tras él y rodeándole.*

JUEZ ¿Qué algazara es esa?
SIMÓN Os digo que me dejéis.
MATEO ¡Qué cante el viejo! (*Un poco achispado*)
SIMÓN Para canciones estoy yo ahora.
TODOS ¡Qué cante! ¡Qué cante!
MATEO Así, así hacédle rabiar.
BELTRÁN ¿Pero, qué es eso?
MARINERO 1º Que no queremos ver á nadie triste cuan-
do todos estamos alegres
MATEO ¡Sí, demasiado! Me parece que estamos
demasiado alegres. ¡Jé, jé!
MARINERO 1º Vamos, señor Simón, cantadnos alguna
cosa de vuestros tiempos.

BELTRÁN Basta ya, dejadle.
 SIMÓN No; voy á complacerles. Precisamente recuerdo ahora una antigua balada que es muy oportuna para lo que se festeja.
 VOCES ¡Qué la cante!
 SIMÓN ¡Allá va! Se llama: *El abrazo de los novios*.
 TODOS ¡Bravo! (*Le rodean y canta*).

MUSICA.

SIMÓN ¡Dín don!
 ¡dín, dan!
 Alegres las campanas repica el sacristán.
 ¡Dín, don!
 ¡dín, dan!
 la novia es una perla,
 y el novio es muy galán.

—
 El cura los bendice,
 colmando así su afán.

¡Dín, don!
 ¡dín, dan!
 Ya salen de la iglesia,
 ¡qué alegres todos van!
 ¡Dín, don!
 ¡din, dan!

Los dos recién casados,
 huyendo de la gente,
 dirígense á la mar;
 la pálida neblina
 envuelve pudorosa
 la nave donde van.

—
 De pronto el mar sereno,
 desátase iracundo,
 y el viento se hace oír;
 y á un golpe de las olas
 la novia arrebatada
 desaparece allí.

Tras ella, audaz el novio,
 se lanza al mar bravío
 y al fondo juntos van;
 y allí los dos se estrechan . . .
 ¡que triste es el abrazo
 primero que se dan!

—
 ¡Dín, don!
 ¡din, dan!
 Mañana las campanas
 por ellos doblarán.
 ¡Dín, don!
 ¡din, dan!
 Sus cuerpos á la arena
 las olas echarán.
 ¡Dín, don!
 ¡din, dan!

HABLADO

(*Todos, que al principio de la canción escuchaban alegres, han ido entristeciéndose poco á poco hasta quedar sombríos y cabizbajos*).

MATEO (*Gimoteando*). ¡Vaya una canción para alegrar á cualquiera! El demonio del viejo.
 SIMÓN (*Separándose de ellos*). ¡Jé, jé! ¿No querías cancioncitas?

MATEO ¡Cuándo yo digo que este tío es muy malo! (*Suenan lejos el tamboril y la gaita*).

MARINERO 1º ¿Oís? ¡Lo gaita!

MATEO ¡Y el tamborilero!

MARINERO 1º ¡En danza, muchachos! (*Antmanse todos*)

MATEO ¡Viva la alegría! (*Vánse hacia el foro, acercándose á Simón*) Aunque haya en el mundo mochuelos, nunca faltarán rui-señores: ¡¡Anda, chúpate esa! (*Váse brincando y desaparece con los demás por el foro*).

ESCENA XI.

SIMÓN, BELTRÁN y JUEZ.

- JUEZ Ciertamente, la canción (*A Simón*).
es hartó triste y sombría
é impropia de la ocasión.
- BELTRÁN Nunca la ajena alegría
dió gozo al señor Simón.
Siempre su enemigo fuè.
¿Qué sabéis vos?
- SIMÓN Sí, lo se.
- BELTRÁN ¿Por referencias quizá?
- SIMÓN ¿Por referencias? No á fe,
que os conozco hace años ya.
- BELTRÁN ¿Vos?
- SIMÓN Yo, sí. Tanto he cambiado
con el tiempo transcurrido
y vengo tan transformado,
que, la verdad, no he extrañado
que me hayáis desconocido.
Pero bien seguro estoy
de que al fin haréis memoria,
y porque sepáis quien soy,
En pocas palabras voy
á referiros mi historia.
- JUEZ Escuchemos. (*El Juez presta atención.*
Simón escucha con ansiedad).
- SIMÓN (*Ay de mi*).
- BELTRÁN En esta playa nací
de unos padres sin fortuna:
huérfano desde la cuna,
sólo en el mundo me ví.
Sin hogar, techo ni abrigo,
siendo de todo linaje
de orden y freno enemigo
disfrutaba del mendigo
la independencia salvaje.
Buscando siempre al azar
el cotidiano sustento,
despreciando el trabajar,

vivía libre y contento
de los despojos del mar.
Y con juvenil ardor,
tanto ansiaba la pelea
en que mostrar mi valor,
que llegué á ser el terror
de las gentes de la aldea.
Por mi audacia y bizarría,
el más valiente en la playa
me respetaba y temía ...
¡alguno acaso no me haya
olvidado todavía!

SIMÓN
BELTRÁN

(¡No!)

Pasó el tiempo, crecí;
hombre un día me sentí,
capaz de un oficio honrado
y al verme pobre y menguado,
vergüenza tuve de mí.
—Soy joven, dije, soy fuerte,
no tengo miedo á la muerte;
mil á las Indias han ido
y encontrado allí su suerte ...
¡Por ella voy decidido!—
Y con el ansioso afán
de los que en su busca van,
dejé esta playa arenosa
una noche tormentosa
en alas del huracán.
(¡Él es!)

SIMÓN
BELTRÁN

La región indiana,
hermosa tierra lejana
que cría en su seno el oro,
al que en buscarlo se afana
dá generosa un tesoro.
Yo con ardor sin igual,
rendido más de una vez
al trabajo corporal
y abrazándose mi tez
bajo el fuego tropical,
gasté pródigo mi vida,

pero con fe no abatida
logré colmado el deseo,
y una fortuna poseo
por el trabajo adquirida.—
Dueño de ella. pensé ya
feliz en volver acá;
de esta tierra me acordaba
acaso porque pensaba:
¡mis padres duermen allá!
¡Y ayer á su tumba fui,
y sobre ella arrodillado
dulces lágrimas vertí;
ya debo estar perdonado
si en algo les ofendí! (*Conmovido*).

SIMÓN (*Como haciendo un esfuerzo para convencerse al fin*)
¿Y os llamáis?

BELTRAN Claudio Beltrán.

SIMÓN (¡Dios me valga! ¡Soy perdido!)
BELTRÁN Pronto me recordarán
y mi nombre oscurecido.
algunos bendirán.
Que como Dios me conceda
la quietud apetecida
y á mis deseos acceda,
he de consagrar mi vida
á hacer todo el bien que pueda.

ROBERTO (*Asomándose á la puerta de la hostería*).

BELTRÁN ¡Padrino! ¡Padrino!

¡Voy!—
¡Conque ya sabéis quién soy;
si útil me juzgáis en algo
vuestro será desde hoy
cuanto tengo y cuanto valgo!
(*Entra en la hostería*).

ESCENA XII.

SIMÓN JUEZ

¿Estáis temblando? [*A Simón.*]
(*Procurando serenarse*).

JUEZ
SIMÓN

No tal.

(¡Sí, yo lo debo decir!)
(*Como si se sintiera desfallecer se apoya en el Juez*).

JUEZ ¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Os sentís mal?
SIMÓN Es . . . sorpresa natural
por lo que acabo de oír.
(Sólo así me salvo yo).

JUEZ ¿Pero qué os pasa?
SIMÓN Ese hombre
(*En voz muy baja*).

¡Ese . . . es . . . quien asesinó
al padre de Angela!

JUEZ ¡Oh!
¿Qué decís?

SIMÓN Yo . . . por su nombre . . .

Él mismo se ha delatado,
ante vos lo ha pronunciado:
¡Claudio Beltrán!

JUEZ ¡Ah, sí! Ahora
recuerdo ¿Pero él ignora
que está á muerte condenado?
SIMÓN (¡A muerte!) (*Aterrado*) Sin duda, sí.

JUEZ ¿Y cómo la audacia tiene
de presentarse hoy así?

SIMÓN Cierto, más . . . (*Oyense la gaita y el
tamboril*).

JUEZ La gente viene,
retirémonos de aquí.

Hay que probar si es el mismo.
Tal valor y tal cinismo
no se pueden comprender

SIMÓN (¡Se abre á mis pies un abismo,
pero yo no he de caer!)
(*Vánse por la izquierda*).

ESCENA XIII.

CORO GENERAL, precedido de los que tocan la gaita y el tamboril. Después BELTRÁN, ROBERTO, ÁNGELA, MARGARITA y MATEO.

MUSICA.

CORO En tanto que los novios
salen acá,
la alegre cornamuza
vuelva á sonar.
y al redoblar ligero
del tamboril
los mozos y las mozas
bailen aquí

[Suspenden el baile comenzando cuando salen los personajes indicados arriba.]

De la casa ya sale
el cortejo nupcial;
ved la novia dichosa
qué hermosísima va.
Dios les dé luengos años
de fortuna y de paz
y que juntos consigan
su ventura gozar.

ROBERTO Y) Mentira me parece
ÁNGELA) tanta felicidad!
BELTRÁN) A la iglesia marchemos
CORO) Vamos todos detrás.

Dios les dé luengos años, etc.

ESCENA XIV.

DICHOS, el JUEZ y el señor SIMÓN. Tras ellos cuatro gendarmes que se detienen á la izquierda en segundo término.

JUEZ ¡Alto, señores, todos,
en nombre de la ley!

CORO ¿Qué es esto? ¿Qué sucede?

¿Qué busca el señor Juez?
SIMÓN ¡Señor! ¡Qué horrible angustia!
¡Piedad de mí tened!

JUEZ ¡De aquí nadie se mueva!
(Acercándose á Beltrán).
¡Daos preso!

BELTRÁN Yo! ¿Por qué?

ROBERTO Y) ¡Oh, Dios! ¿De qué os acusan?

ÁNGELA)

BELTRÁN No acierto á comprender....

JUEZ ¡Más el error en claro
bien pronto lo pondré!
En vano es que tranquilo
finjáis aparecer
hoy vuestro horrendo crimen
al fin expiareis.

TODOS Y) ¡Un crimen!

BELTRÁN Es un sueño.

BELTRÁN ¡Qué horrible padecer!

SIMÓN ¿De qué me acusan? pronto
BELTRÁN decidlo ya, ¿de qué?

JUEZ Veinte años ha que la justicia
á muerte vil os condenó.

Este es el hombre, desgraciado, (A An-
gela)

que á vuestro padre asesinó.

BELTRÁN Yo!.....

TODOS ¡Oh!

BELTRÁN ¡Ah! ¡Qué impostura infame!

Yo mi inocencia probaré!

ÁNGELA (Acercándose).

¡Por Dios decidnos vuestro nombre!

BELTRÁN ¡Claudio Beltrán!

ÁNGELA (Separándose de Beltrán). ¡Jesús!

CORO (Retirándose algo) ¡Es él!

¡Es él! ¡Es él!

BELTRÁN ¿Por qué mi nombre siempre honrado,

rechazan todos hoy así?

(A *Angela y Roberto*)

¡Soy inocente, yo os lo juro!

ANGELA } No os acerquéis, no os acerquéis á mí!

BELTRÁN } ¡Ellos también, oh, santo cielo!

¿Es sueño todo lo que oí?

CORO

(Creyó su crimen ignorado,
tal vez por eso ha vuelto aquí).

BELTRÁN

Tú Señor, que la inocencia
ves brillar desde la altura,
sabes bien que en tu presencia
puedo alzar mi frente pura.

De mi nombre envilecido

salva el honor,

y haz que vea confundido

al infame acusador?

¡Victima fui

de un impostor;

yo espero en tí

piEDAD Señor!

SIMÓN

(Tiemblo y dudo en su presencia,

y al mirar su desventura,

agitada la conciencia,

implacable me tortura.

De mi pecho extenuado

huye el valor,

y aterrado y confundido

soy mi propio acusador.

Nunca sufrí

tanto dolor.

¡Piedad de mí!

¡Piedad, Señor!

ROBERTO }
Y ANGELA }

El temor de la evidencia,

llena el pecho de amargura.

¡Quiera Dios que su inocencia

vuelva á todos la ventura!

¡Ah por qué, por qué has nacido

sueño de amor,

para verte sumergido

en los mares del dolor!

¡Triste de mí!

¡Cuánto rigor!

¡Yo espero en tí

piEDAD, Señor!

JUEZ, MATEO, MARGARITA, CORO GENERAL.

¡Es extraña su imprudencia

de venir á la aventura

donde existe una sentencia

que la muerte le asegura.

Si del crimen cometido

es el autor,

no se explica que atrevido

se presente sin temor.

Yo nunca ví

tanto valor;

él es aquí

su delator.

BELTRÁN.

(Al Juez).

Vos sois de la justicia

representante aquí;

¡vos mismo mi inocencia

proclamaréis al fin!

¡Si á la justicia humana

hoy ciega torpe error,

tranquilo y resignado

confío en la de Dios!

SIMÓN

(¡Qué horrible es el tormento

porque pasando estoy!

¡Un medio de salvarle

inspírame, Señor!)

ANGELA Y }
ROBERTO }

(Al verle tan sereno

Se ensancha el corazón.

¡Si acaso es inocente,

ampárale, Señor!)

JUEZ

(Al criminal impune

que así la ley burló,

¡severa la justicia

aplique su rigor).

CORO, MATEO y ÁNGELA.

(Jamás el que villano
un crimen cometió,
rechaza tan altivo
la horrible acusación).

*Beltrán se dirige hacia los gendarmes
como entregándose á ellos. Roberto y
Angela le contemplan formando grupo.
Simón aterrado, se separa al ver pasar
á Beltrán. Cuadro.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala corta de paso. A derecha, izquierda y foro,
puertas.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE HOMBRES y MUJERES *que salen por la derecha.*

MÚSICA.

CORO

Esa es la puerta
(*Señalando á la izquierda*).
del tribunal;
por aquí el reo
debe pasar.
Hasta que llegue
no dejarán
que los curiosos
entren allá.

—
¡Pero silencio,
que ahí viene ya!

ESCENA II.

DICHOS.—BELTRÁN, *que seguido de dos gendarmes apa-
rece en la puerta del foro y entra lentamente en el
tribunal.*

CORO

¡Qué triste el desdichado
y qué abatido está!

Dios haga que inocente
le juzgue el tribunall.

¡Qué triste val!

¡Qué triste val!

HOMBRES

Entremos á la audiencia,
que el juicio va á empezar
y el fallo inapelable
muy pronto dictarán.

¡Vamos allá.

vamos allá. (*Entran los hombres*).

MUJERES

OTRAS

Nosotras ¿qué hacemos?

Yo dudo si entrar,
porque á mí estas cosas
me impresionan mal.

Y en entrando, tengo
la seguridad
de que por la noche
lo he de recordar.

En cuanto me acuesto
sueño con fantasmas,
unos que me roban,
otros que me matan.

Mi alcoba se llena
de negras lechuzas,
y vienen los duendes
y salen las brujas

Y aquí me pellizcan,
y allí me atenazan
y—¡plún!—de repente,
se vuelca la cama.

Y siento unas cosas.....

—¡ay, Jesús que horror!
que me pongo primero muy mala,
y luego peor.

Por ver yo, curiosa,
al guillotinado,
así viva un siglo
no podré olvidarlo.

Recuerdo su cara
sus ojos recuerdo,
sus barbas, sus dientes,
su voz y sus gestos.

Y de haberle visto,
tuve varias noches
una pesadilla;
de las más atroces;
pues soñé que el reo.

—¡ay, que atrocidad!—

¡me venga á tirar de las piernas
en la oscuridad!

Mas si al fin y al cabo
nos lo han de contar,
casi, casi creo

preferible entrar. (*Decidiéndose*).

¿Vamos allá?

¡vamos allá!

¡Ay, que maldita
curiosidad!

¡Vamos allá! (*Entran*).

ESCENA III.

MATEO, ROBERTO, *por la derecha.*

MATEO

Anda, entra conmigo. No seas cobarde.

ROBERTO

No, no puedo. Déjame.

MATEO

Pues yo haré de tripas corazón, pero he
de verle. Tal vez al fin y al cabo los jue-
ces encuentren hoy alguna prueba en
favor suyo.

ROBERTO

Todas le acusan. Ese maldito cuchillo,
que unido al proceso, han conservado, y
que según dice, dejó sin duda olvidado
en la hostería y ha reconocido como su-
yo es la prueba más convincente. Luego
las declaraciones del señor Simón y de
los otros dos testigos, únicos que viven
después de tantos años, han confirmado
la opinión de los jueces.

MATEO Pero no la mía.
 ROBERTO Ni la mía tampoco.
 MATEO ¿De modo que tu piensa como yo, que es inocente?
 ROBERTO ¿Quién lo duda?
 MATEO Oye, Roberto yo seré un pedazo de alcornoque, pero tengo un corazón que no me engaña. Y lo que yo digo, si ese hombre fué quien mató al padre de Angela y huyó, y allá en las Indias, con el dinero robado hizo fortuna, ¿para qué necesitaba volver aquí, donde debía comprender que pesaba sobre él una sentencia? Lo mismo pienso yo.
 ROBERTO Y si después de tanto tiempo ausente, le dió la mala idea de volver á su tierra, puesto que ninguna le ha reconocido, pudo muy bien llamarse de otro modo y nadie habria sospechado que este caballero millonario era aquel mozo miserable.
 MATEO ¡Claro que sí!
 ROBERTO Por todo lo cual, digo y repito, que mientras él siga sosteniendo, como lo hace que es inocente y que no tenía ni noticia del crimen, yo lo creeré tan honrado y tan bueno como el que más . . .
 ROBERTO Es imposible que sea delincuente. La seguridad de sus contestaciones en el interrogatorio; aquel acento de verdad que tienen todas sus palabras; lo sereno de su mirada, revelan una conciencia tranquila.
 MATEO Estamos conformes.
 ROBERTO Y esa es la opinión de todos. Solo vacilan ante las pruebas del antiguo proceso y la convicción que en el pueblo había de que Claudio Beltrán era el asesino del padre de Angela. Yo á veces he pensado: ¿será un sentimiento egoísta el que me hace juzgar á ese hombre inocente? ¿Cerraré los ojos ante la evi-

MATEO

dencia por los favores que le debo, y porque de él sólo depende mi fortuna? ¡No! También se me ha ocurrido eso, pero inmediatamente he pensado esto otro. —Desde el instante en que fué preso, la justicia, como de costumbre, se apoderó de cuanto él tenía, y aquello que la justicia agarra, tarde ó nunca lo suelta; de modo que, hoy por hoy, ese infeliz es más miserable que cualquiera de nosotros. Y sin embargo de esto, y de no esperar recompensa alguna, si hoy, como se dice, le condenan á muerte, yo estoy decidido á salvarle.

ROBERTO
 MATEO

¿Tú? ¿Qué dices?

Y si me ayudas, aún confío más en lograrlo

ROBERTO
 MATEO

¿Pero cómo? ¿Cuál es tu proyecto?

Escucha. Ya sabes que el día de la boda, es decir, el día en que debió ser la boda, me despedí del señor Simón diciéndole cuatro cositas muy bien dichas. ¡Cómo que no pensaba volver! — Pero no fué así. En vista de lo ocurrido y viéndome sin colocación, hablé con Margarita, y ésta con el amo y me pintó tan arrepentido de haberle dicho aquellas claridades que el señor Simón, haciendo algo bueno por primera vez en su vida, me admitió de nuevo en la casa y continuó sin viendo en ella.

ROBERTO
 MATEO

B en, ya lo sé sigue

Al volver acariciaba la idea de salvar ese hombre.

ROBERTO
 MATEO

¿De qué manera?

Verás — El cuarto que le sirve de prisión, y que es el mismo en que estuvo el otro reo, tiene dos puertas. Una da al puzadizo alto y la custodian dos gendarmes; otra comunica con la alcoba del señor Simón, y allí no hay guardia. — Un fuer-

te cerrojo la asegura, y el amo viene á ser por aquel lado, como quien dice, el único carcelero.

ROBERTO
MATEO

¡Ya!
Enciérrese para dormir, costumbre de gente mala; pero probando yo en la cerradura de la alcoba todas las llaves de la casa, he hallado una con la cual se abre fácilmente. Y aquí está. (*Sacándola*)

ROBERTO
MATEO

Bien pero eso no basta.
Déjame concluir. — Hoy está el cielo encapotado y sopla fuerte el viento de tierra. señales casi seguras de que á la noche se repetirá la tempestad de estos días pasados.

ROBERTO
MATEO

¿Y es qué?...
Ya sabes que el viejo, al primer relámpago que ve se acuesta lleno de terror. Yo entonces, ó aprovechando su sueño en caso contrario, penetraré en la alcoba, descorreré el cerrojo de la otra puerta, que ya he tenido la precaución de untar con aceite, y sacaré al preso, que puede saltar á la playa por una ventana cualquiera.

ROBERTO
MATEO

Bueno. ¿y después?
Esperas con tu barca amarrada á la orilla y le llevas hasta el bergantín.

ROBERTO
MATEO

¿Y allí?
La tripulación es toda suya. Por interés ó por gratitud le juzga inocente como nosotros. El barco es velero, según dicen, y como el viento debe serles favorable para aljarse de la costa, podrán estar ya cerca de Inglaterra cuando se descubra que el pájaro ha volado.

ROBERTO

Arriesgada es la empresa pero no importa: estoy pronto á ayudarte.

MATEO

Lo mejor será que los jueces le absuelvan y nuestro proyecto se quede en proyecto.

ROBERTO

No lo espero, desgraciadamente.

MATEO

¡Quién sabe! Yo adentro voy.

ROBERTO

Aquí te aguardo con el alma llena de inquietudes.

MATEO

¡Si condenan á este hombre, digo que no hay justicia en la tierra.

(*Entra por la izquierda*).

ESCENA IV.

ROBERTO, luego ANGELA.

ROBERTO

En vano procuro arrancar de mi pecho toda esperanza. Parece que el alma, ansiosa de realizar lo que ha soñado, se complace en darme aliento con ilusiones que acaso dentro de un instante se desvanecerán para siempre. ¡Oh, Angela! ¿Tú aquí?

ANGELA

La impaciencia me trae. ¿Sabes algo? ¿Qué dice la gente? ¿Se espera que sea absuelto?

ROBERTO

Todos temen que el tribunal, en vista de las pruebas, confirme la sentencia anterior.

ANGELA

¡Oh, sería horrible! Su muerte no disiparía mis dudas.

ROBERTO

¿Pues tú le supones culpado?

ANGELA

¿Yo? No lo sé. Estoy loca. A veces creo que la sombra querida de mi padre se me aparece airada porque no aborrezco bastante al asesino. A veces pienso que ese desdichado es víctima de una acusación infame, de un error inconcebible; que es inocente y que mi padre desde el cielo me dice: ámale, hija mía; hazle tú la justicia que los hombres le niegan.

ROBERTO

¡Terrible lucha!

ANGELA

Si alguna prueba inesperada pusiera hoy en claro su inocencia y el tribunal le absolviese....

- ROBERTO Su libertad sería nuestra dicha, nuestra fortuna.
- ANGELA Por eso no la espero. Soy muy desgraciada.
- ROBERTO Angela tengamos confianza en Dios, que no ha de abandonarnos. ¿Quién sabe si muy pronto oiremos partir de allí [*Señalando la puerta del Tribunal*]. el grito de alegría que lancen los que asistan al juicio al escuchar la absolución del acusado.
- ANGELA ¡Cuánto sería mi gozo al verle libre! ¡Qué tranquila se quedaría el alma!
- ROBERTO Nuestra felicidad renacería para no desvanecerse nunca.
- ANGELA ¡Todos nuestros sueños de amor podrían realizarse. . . . (*Rumor dentro*).
- ROBERTO ¿Qué es eso? ¿No has oído? ¡La gente habla en voz alta! Acaso se hayan retirado los jueces para pronunciar luego su fallo.
- ANGELA ¿Por qué no entras? Yo no tengo valor
- ROBERTO ¡Sí, haré un esfuerzo! Todo es preferible á la duda. Espérame.
- ANGELA ¡Dios haga que seas portador de la buena nueva!
- ROBERTO ¡Ay, Dios lo haga? (*Entra*).

ESCENA V.

ANGELA sola.

MUSICA

Con él mi esperanza va,
temblando le espero aquí,
¡sabe Dios si volverá,
triste de mí!

Inquieta el alma mía
y llena de amargura,

las horas de ventura
recuerda en su aficción;
ayer todo alegría,
hoy luto, llanto y duelo;
¡qué horrible desconsuelo
anubla el corazón!

Mil esperanzas seductoras
ayer risueña concebí;
horas de paz, benditas horas,
¡cuán breves fueron para mí!

Llorando el bien perdido,
y en sombras inundada
el alma perturbada,
por loca agitación,
anhela del olvido
la fuente hallar tranquila,
mas ya su fe vacila
y pierde la razón.

Dardo cruel, punzante duda
el pecho hiere sin piedad;
¡celestes luz, ven en mi ayuda!
¡Brilla por fin santa verdad!

ESCENA VI.

DICHA.—ROBERTO, luego MATEO.

HABLADO

- ROBERTO ¡Angela! (*Con profundo desaliento*).
- ANGELA ¡Roberto!—¡Ah! ¡No me lo digas! ¡No me lo digas! ¡Desventurada de mí!
(*Cayendo en sus brazos*).
- ROBERTO ¡Ya no hay esperanza!
- MATEO (*Acercándose por detrás sin ser visto de Angela y en voz muy baja*).
- ¡Sí!—Hasta luego.—(Poco hé de poder ó yo le salvo).
(*Vase por la izquierda*).

ESCENA VII.

ANGELA.—ROBERTO, *después* BELTRÁN *con dos gendarmes que quedan á la puerta durante la escena*).

MUSICA

ROBERTO ¡Valor, Angela mía!

ANGELA ¡El ánimo perdí!

ROBERTO ¡Va sale!

(Al ver á Beltrán, Angela y Roberto se disponen á salir).

BELTRÁN *(Al verlos)*. ¡Deteneos!
no huyáis, no huyáis de mí!
(Los dos se detienen).

Por caridad al menos,
tenedme compasión,
y oíd de un desdichado
la triste confesión.

ANGELA ¿Por qué al oír su acento
mi débil corazón
aun siento por ese hombre
afecto y compasión?

ROBERTO *(Al escuchar su acento,
leal mi corazón,
de su inocencia adquiere
profunda convicción.)*

BELTRÁN Al borde del sepulcro
ni el más villano miente,
yo moriré mañana
más moriré inocente.
¡Qué por perjuo sufra
las penas del Infierno,
que mi alma se condene
al padecer eterno,
y que al tocar mi vida
su término fatal

de Dios maldito sea
si he sido criminal.

ROBERTO } ¡Callad, callad!
Y ANGELA } ¡Su voz tiene el acento
de la verdad! *(Acercándose algo á él).*

BELTRAN El juicio de los hombres
me declaró culpado;
yo acato su sentencia
sumiso y resignado;
que al ser, por suerte mía
creyente verdadero,
de un juez que siempre es justo
la absolución espero.
Y si el tremendo fallo
mi nombre deshonoró....
júzguenme infame todos,
pero vosotros no! *(Llorando).*

ROBERTO } ¡Nosotros no! *(Acercándose á él decididos)*
Y ANGELA } ¡La negra duda impía
del alma huyó!

BELTRÁN ¿Vosotros no?
Al cabo el alma mía
consuelo halló!
¡Morir puedo ya! Mi adiós postrimero
tranquilo os daré partiendo de aquí.
¡Morir puedo ya! ¡Que al fin cuando muero,
vosotros quedáis llorando por mí!

ROBERTO Y } ¡No quiero dudar! Su labio sincero
ANGELA } al pecho volvió la fe que perdí.
} ¿Por qué, Santo Dios, hoy tú, justiciero,
} el fallo cruel permites así?

BELTRÁN ¡Fuerza es separarnos!
¡Con cuanto dolor
os doy, hijos míos,
el último adiós!

ANGELA ¡Cruel despedida

¡Qué horrible dolor!
¡Oh! ¡Cuánto acongoja
el último adiós!

ROBERTO

(¡Mi vida en peligro
pondré sin temor,
porque este no sea
el último adiós!)

ANGELA

¡Adiós! ¡Adiós!

BELTRÁN

¡Estrechen mis brazos
de nuevo los dos!

(Con acento profundamente dramático).

¡Adiós, hijos míos,
para siempre adiós!

ANGELA Y

ROBERTO

¡Adiós! ¡Adiós!

(Vase por la puerta del foro. Los gen-
darmes que han estado durante la esce-
na á la puerta del tribunal, salen tras él.
Roberto y Angela vanse por la derecha
llorando).

MUTACION

Alcoba con puertas á derecha é izquierda. Esta con un gran cerrojo. A la izquierda una ventana. En el ángulo derecha una cama antigua de roble tallado con grandes colgaduras de lana que la cierran por completo. Junto á la cama una mesita con una lamparilla encendida. Muebles antiguos. Un sillón cerca del lecho.

ESCENA VIII.

Cesa la música en el momento de entrar por la derecha SIMÓN, que cierra la puerta con llave.

SIMÓN

¡Ya estoy solo! Ya puedo respirar libremente.—¡Qué día tan largo!—(Se sienta). temiendo siempre inspirar sospechas, aparentando tranquilidad ante los jueces, cuando el corazón se me saltaba del pecho y las piernas apenas podían soste-

nerme y el cuerpo quería temblar..... y no bastaba mi voluntad firmísima para sujetarlo.—¡Ah! ¡Qué espantoso día!—(Se levanta). Por fin, todo ha concluido.... Sí, pero ¿cómo? Con un nuevo crimen! Dejando que la ley, esta vez ciega, condene á ese desgraciado.... ¿Por qué ha vuelto antes de morir yo? Corta puede ser ya mi vida; por eso tal vez temo tanto el perderla.... Si él hubiera regresado algunos años más tarde, cuando yo hubiese muerto, habría aparecido inocente á los ojos de todos, y con la declaración que sufrí en descargo de mi conciencia, vería reivindicado su nombre aun á costa de la infamia del mío.—¡Hoy no es posible! La fatalidad le trajo antes para su desdicha. ¡Dios...no; el infierno lo ha querido!...—Y la suerte por un horrible sarcasmo, me hace su carcelero. ¡A mí!—Yo podría abrir esa puerta y decirle: ¡Huye! Pero, ¿y mañana? (Separándose de allí). Envuelto en un proceso, la justicia fijaría en mí su mirada escudriñadora y acaso pudiera ver lo que milagrosamente se ha ocultado á sus ojos—No, no puede ser.—Yo quería salvarle; pero, ¿cómo?—Arde mi cabeza (Se dirige á la ventana y la abre). ¡Ah! ¡Cuánto me consuela el viento fresco de la noche! ¡Siento en el pecho una angustia tan honda! ¿Qué es esto que pesa sobre mi corazón? Parece que en todo ese inmenso espacio no hay aire bastante para que yo respire. (Brilla un relámpago) ¡Jesús me valga! (Retirándose de la ventana). ¡La tempestad! ¡Dios misericordioso, haced que se aleje, que no llegue el trueno á mis oídos! (Otro relámpago y trueno). ¡Ah! (Se acerca y cierra violentamente la venta-

na). Con la tormenta vienen á mi memoria los recuerdos de aquella noche horrible. Veinte años han pasado y parece que ha sido ayer. Diviso entre sombras la playa, adonde llegan mugiendo las olas encrespadas del mar; oigo el estampido de los truenos, y á la luz del relámpago veo á aquel hombre envuelto en su capote; resguardando á la criatura... y allí... (Se oye un trueno más cercano) ¡Oh! ¡si; fué horrible el crimen; pero el castigo es muy grande... Todo el fragor de la tormenta retumba en mi cerebro, y me aturde y me enloquece. (Va con paso vacilante hacia la cama en la cual se apoya) ¡Perdón, Dios mío! (Cae de rodillas tapándose los oídos con ambas manos). ¡Aplaca tu cólera un momento, ten piedad de mí! (Se oye un trueno muy cercano. Simón aterrado, abre las cortinas de la cama y se deja caer sobre ella.)

MÚSICA.

Se desencadena la tempestad. A poco, la pared del fondo de la alcoba desaparece, viéndose á través de una mebla misteriosa la playa erizada de rocas y el mar alborotado, sobre cuyas aguas se agita un barco con las velas recogidas. A la luz de los relámpagos, única que ilumina casi constantemente la escena de la aparición; se ve salir por la izquierda á Simón, que se oculta tras una roca de la derecha. Después, el padre de Angela, cubierto por un largo capote, lleva de la mano á una niña como de dos años de edad. Al aproximarse á la roca, detrás de la cual le espera Simón, toma en brazos á la niña, dejando para esto en el suelo el maletín, que recoge después; resguarda bajo la capa á la niña, y entra por la derecha. Simón sale de su escondrijo inmediatamente y le asesta el golpe á la

vista del público. El hombre cae dentro dando un grito. Trueno espantoso, todo lo grande que pueda hacerse. Antes que acabe se ve pasar corriendo á Simón, que lleva el maletín y mira aterrado hacia atrás. La pared vuelve á cerrarse, y cesa la música.

ESCENA IX.

SIMÓN, en la cama. MATEO, que abre la puerta de la derecha y entra con el mayor sigilo

HABLADO

MATEO

¡Dios me ayude! (Se santigua). (Si tuviera cascabeles en las pantorrillas valiente música se armaba! El señor Simón está dormido, sin duda, pero bueno será cersiorarse... (Se acerca á la cama y escucha). ¡Como un tronco! (Levanta la cortina y se ve á Simón que da la espalda á la escena). Cuando despiertes mañana, buen chasco te vas á llevar, viejo marrullero. (Simón se vuelve de pronto de cara al público). ¡Huy! (Ocúltase detrás de la cortina, envolviéndose en ella rápidamente). ¡Qué susto me ha dado!

SIMÓN

MATEO

Ay, de mí.
Se conoce que sueña. Mejor. Eso prueba que duerme profundamente. Aprovecharé el tiempo. (Deja caer la cortina que cierra la colgadura casi por completo). ¡Cómo se va á quedar el preso cuando me vea! Ahora solo falta que rechine el cerrojo. (Descorriéndolo). Así, poquito á poquito Mateo, no lo echés á perder. No, el unto hizo su efecto. Ya está. (Respirando con mucha fuerza). Ahora abriré con precaución. (Abre la puerta). ¡Ah! (Poniéndose un dedo sobre la boca). ¡Chis! ¡Chis! Hace seña á Beltrán para que salga).

ESCENA X.

DICHOS Y BELTRÁN.

- BELTRÁN ¿Qué es esto?
 MATEO ¡Silencio! Venid acá y empujad esa puerta, no vayan á oirnos los gendarmes que guardan la otra.
- BELTRÁN Pero ¿á qué vienes?
 MATEO Hablad más bajo, que el señor Simón está durmiendo allí.
- BELTRÁN ¿Y cómo has podido?
 MATEO ¡Ingeniándome! No soy tan torpe como parezco.
- BELTRÁN ¿Y qué quieres de mí?
 MATEO ¡Salvaros!
 BELTRÁN ¿Qué dices?
 MATEO Sé que sois inocente.
 BELTRÁN ¡Oh, gracias! ¡Aun queda en el mundo quien me hace justicia!
- MATEO ¡Chis! Y he preparado vuestra fuga.
 BELTRÁN ¡Cómo!
 MATEO Todo está dispuesto. Roberto aguarda en esa orilla con su barca para llevaros hasta el bergantín. La tripulación está pronta á levar anclas en cuanto lleguéis,
- BELTRÁN ¡Es imposible!
 MATEO ¿Qué decís?
 BELTRÁN Yo os lo agradezco, pero no puedo aceptarlo.
 MATEO ¿Por qué?
 BELTRÁN ¡El que es inocente no huye!
 MATEO ¡No huye, pero lo ahorcan!
 BELTRÁN ¡Es inútil que insistas! O salir de aquí á la luz del día con la frente muy alta volviendo á llevar mi nombre sin man-cilla, ó esperar solo en Dios y morir resignado.
- MATEO ¡Eso es una locura!
 BELTRÁN Además, huyendo por aquí, sería res-

pensable el señor Simón, y la justicia le pediría cuenta de mi fuga.

- MATEO ¡Pues podéis estarle agradecido! En las declaraciones maldito si se ha cuidado de favoreceros.
- BELTRÁN El, diciendo la verdad, ha obrado conforme á su conciencia, y no me quejo: yo sigo los impulsos de la mia.
- MATEO Pero pensad que mañana...
 BELTRÁN Mañana dejaré de sufrir.
 MATEO ¡Venid conmigo! Aquí os aguardan la deshonra y la muerte: allí la libertad y la vida. De rodillas os lo suplico.
- BELTRÁN Levanta y déjame. Yo te agradezco con toda mi alma este último esfuerzo... pero... no... debo aceptar.
- MATEO Pensadlo bien, luego será ya tarde.
 BELTRÁN Vete y recibe este abrazo en prueba de eterna gratitud y de entrañable cariño. *(Abrazándole).*
- MATEO ¡Demonio con el hombre! *(Sollozando).* Vamos, decidíos. Es cuestión de un momento. Salimos de aquí, saltáis por la ventana...
 BELTRÁN No. Adiós.
 MATEO *(Si Roberto lograrse convencerle!...)*
 BELTRÁN Hasta mañana. Dí á Roberto y á Ange-la que vuelvan por aquí. Necesito oír otra vez de sus labios, que no me juzgan delincuente.
- MATEO Bueno; ya que os empeñais... quedad con Dios.
- BELTRÁN Adiós, mi buen amigo.
 MATEO Sí que lo soy; eso podeis asegurarlo.
 BELTRÁN Y... cierra bien esa puerta. El corazón es cobarde: podría ocurrírseme la idea vergonzosa de escapar... *(Entra)*

ESCENA XI.

MATEO. SIMÓN, dormido.

MATEO ¡Este hombre es un santo! (Cierra la puerta). ¡No echo el cerrojo! A ver si le da esa idea que él llama vergonzosa...

Y ahora buscaré á Roberto. Quizá consiga él...

SIMÓN ¡Favor! ¡Socorro!

MATEO ¡Eh! ¡Caracoles! Se conoce que sueña á voces. (Acércase á la cama y levanta los cortinajes, viéndose á Simón). ¡Como tiembla! ¡Le castañetean los dientes! Por lo visto tiene una pesadilla... Si se le ocurriera despertar...

SIMÓN ¡El acusado! ¡Yo!

MATEO ¿Qué dice?

SIMÓN ¿Quién se atreve á acusarme? ¿Dónde están las pruebas? ¡No existe ninguna! ¿Qué vaya al Tribunal? ¿Para qué? Ya he declarado como testigo... Ya han condenado al otro... ¡Al otro! ¡Já, já, já, já! ¡La justicia! ¡Buena está la justicia!

MATEO ¡Demonio! Yo he de oír todo lo que diga.

SIMÓN ¡Já, já, já, já! (Gritando alterado). Los gendarmes! ¡Dejadme! ¡No quiero ir! ¡No quiero ir! (Mateo se sienta en la cama y aplica el oído).

Música en la orquesta.

ESCENA XII.

Desaparece como antes la pared del fondo y se ve el tribunal á la izquierda. En el centro un banquillo. A la derecha, detrás de la barra pueblo que asiste con interés al juicio. El juez y otros dos con pelucones blancos y largos y togas negras. El escudo de armas del primer imperio francés en la pared de la izquierda. Al verificarse la aparición todas

las figuras del cuadro están inmóviles. El juez agita la campanilla, QUE NO DEBE SONAR. Preséntase un ugier por la puerta del foro.

JUEZ (Indica que se presente el acusado. El ugier levanta la cortina de la puerta del foro y aparece la contrafigura de Simón entre dos gendarmes. El juez le manda sentarse en el banquillo.)

SIMÓN ¿Que me siente yo ahí? ¿En el banquillo del acusado? ¿Por qué?—Yo soy inocente, yo no he hecho nunca mal á nadie. (La contrafigura de Simón moviendo los labios y accionando, figura, durante todo el cuadro, decir lo que pronuncia Simón en la cama, lo más simultáneamente posible)

JUEZ (Indica á los gendarmes que obliguen á sentarse á Simón. Ellos lo hacen y se retiran dos pasos atrás junto á la barra. El juez figura dirigir á Simón duras acusaciones mientras habla Mateo.)

MATEO ¿Tendrá una pesadilla, ó será cierto lo que yo he sospechado siempre de que este viejo es un tunante? (Escucha con mayor ansiedad)

SIMÓN Yo no he escrito ese documento. ¡Mentira! ¡Mentira! ¿Por qué había de declarar bajo mi firma que Claudio Beltrán era inocente y que yo había asesinado al padre de Angela?

MATEO ¡Dios mío! ¿Qué está diciendo este hombre?

JUEZ (Levantándose señala á la contrafigura con ademán enérgico.)

SIMÓN ¿Que guardo esa declaración en el pecho?—No es verdad.

JUEZ (Manda á los gendarmes que sujeten á Simón y le saquen del pecho el documento. Ellos obedecen)

SIMÓN ¡Dejadme! (Llevándose las manos al pecho y casi incorporándose en la cama.)

MATEO ¿Será cierto todo lo que dice?
 SIMÓN (*Resistiéndose*) ¡Ni los gendarmes ni nadie me los arrancará!
 MATEO ¡Y forcejea!—¡Pues yo he de ver si es realidad ó pesadilla! (*Procurando desabrocharle el chaleco, al mismo tiempo que los gendarmes á la contrafigura*)! ¿Cómo se resiste el condenado!—¡Oh! ¡Sí! ¡Aquí hay un pliego! (*Sacándolo*) ¡Aquí está! (*A esta última frase, el gendarme que ha sacado el pliego del pecho de la contrafigura, lo enseña y se acerca entregándoselo al juez. Desaparece la visión, cerrándose de nuevo la pared rápidamente*) ¿Que será esto? ¡Corro en busca del juez!
 (*Sale por la derecha y cierra por fuera la puerta*)

ESCENA XIII

SIMÓN *despierta despavorido y salta del lecho.*

¡Oh! ¡Qué terrible sueño! ¡Sí, sueño ha sido! ¡Estoy solo! ¡Ah! (*Reparando de pronto en el desorden de su ropa*) ¡Me lo han robado! ¡Me lo han robado! (*Con acento de terrible desesperación*) ¿Quién ha podido entrar aquí? ¿Donde está el pliego? ¿Dónde? ¿Quién ha sido? (*Va hacia la cama y luego á la puerta derecha*) ¡Cerrada está! ¿Por dónde han entrado? ¡Ah! (*Yendo á la de la izquierda*) ¡El ha sido, él! ¿Pero cómo? ¡Pierdo la razón! ¿Quién ha abierto ahí? ¡Oh! ¡Si aún es tiempo yo lo recobraré! (*Saca de la mesilla un puñal y armado con él abre la puerta de la prisión*) ¡Salid, miserable!

ESCENA XIV.

DICHOS, BELTRÁN

BELTRÁN ¿Qué es esto?
 SIMÓN (*Cogiéndole de un brazo y amenazándole con el arma*) ¡Dame ese pliego ó mueres!
 BELTRÁN ¡Estais loco! ¿De qué me hablais? (*Sujetándole con violencia*.)
 SIMÓN ¿No has sido tú? ¡No has sido tú! (*Aterrado*.)
 BELTRÁN ¡Serenaos! ¿Qué os pasa?

ESCENA XV.

DICHOS. MATEO Y JUEZ.

MATEO ¡Adelante, señor juez! ¡Adelante! (*Abriendo la puerta*.)
 SIMÓN ¡Oh! [*Dejando caer el arma*.]
 MATEO ¡Ahí teneis á esa buena alhaja!
 JUEZ ¡Daos preso, miserable!
 BELTRÁN ¿Qué dice?
 SIMÓN ¡Piedad de mí! ¡Perdón! (*Cayendo de rodillas*.)
 BELTRÁN ¿Pero qué es esto?
 JUEZ ¡Ah! ¡Vos aquí!
 MATEO He abierto yo la puerta, si merezco castigo que me lo impongan inmediatamente. (*Arrodillándose también, de manera que haga cómico contraste con la figura de Simón*.)
 JUEZ ¡No! (*A Beltrán*) ¡Venid á mis brazos! Mañana el tribunal proclamará vuestra inocencia. Y en cuanto á vos. (*A Simón*.)
 SIMÓN ¡Piedad, piedad de mí! (*Arrastrándose de rodillas*.)
 JUEZ Basta, desdichado. (*Haciéndolo levantar*.) ¡La justicia humana puede equivo-

carse, pero nunca yerra la de Dios! (*Empujándole hacia la prisión.*) Esperad ahí vuestro castigo.

SIMÓN ¡Misericordia de mí, misericordia! [*Entra*]

JUEZ (*A Mateo.*) ¡Cerrad la puerta!
MATEO ¡Ya lo creo! ¡Ahora sí que echo con gusto el cerrojo! (*Haciéndolo sonar mucho.*)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, ROBERTO Y ANGELA *por la izquierda.*

BELTRÁN ¡Roberto! ¡Angela! (*Al verlos.*)

ANGELA ¡Perdón!

¡Perdón por haber dudado!

BELTRÁN ¡Hijos de mi corazón! (*Abrazándolos.*)
Logró al fin mi nombre honrado la justa reparación.

JUEZ ¡Sí, la tendrás!

MATEO (*Que ha abierto la ventana, iluminándose la escena con la luz de la aurora.*)
¡Ya es de día!

ROBERTO El sol que alumbrar debió
vuestra espantosa agonía
vertiendo luz y alegría
por vuestra dicha brilló.

ANGELA ¡Bendita su claridad!

BELTRÁN ¡Ya en la inmensidad del alma,
como en esa inmensidad
á reinar vuelve la calma
después de la *Tempestad!*

CUADRO: TELÓN RÁPIDO.

FIN DE LA OBRA.

A LOS DIRECTORES DE ESCENA.

Una de las causas más poderosas del grandísimo efecto producido en el público por el acto tercero de este melodrama, ha sido indudablemente la precisión y exactitud con que se han ejecutado las dos apariciones fantásticas.

Se necesita, para conseguir, como deseo, el mismo resultado en cuantos teatros se represente que la decoración del último cuadro se pinte y construya á propósito, procurando que tenga marco ó varillaje de madera el rompimiento del foro. Así se evitará que moviéndose el telón antes de las mutaciones, comprenda el público que en aquella pared va á suceder algo extraordinario.

A la sorpresa ha de deberse una gran parte del efecto.

La gasa que cubre el hueco del rompimiento, será azul, y la luz de ambas apariciones, poca, verdosa y pálida.

Juzgo muy importante el reparto de los papeles *mímicos* de EL PADRE DE ANGELA y la CONTRAFIGURA DE SIMÓN.

No deben hacerlo dos comparsas, sino dos actores.

Excusado me parece recomendar también la exactitud de los dos trajes hasta en los detalles que parezcan menos necesarios.

La figura de Simón en el primero de los sueños debe hacerla el mismo actor encargado del papel y no la contrafigura, preparada exclusivamente para el segundo, por lo cual ha de cuidarse mucho que las cortinas de la cama cierren por completo y con facilidad.